

BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
**PUNTO
ROJO**

vacaciones para un muerto

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

VACACIONES PARA UN MUERTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 637

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 22.621 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1974

© KEITH LUGER, 1962

texto

© SALVADOR FABA, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283 — La historia de Bill el Melenas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.240 — Horóscopo: morirá mañana.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967 — El Oeste en llamas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
729 — La venganza es mi oficio.
- En Colección KANSAS:
667 — Mala hierba nunca muere.
- En Colección BRAVO OESTE:
581 — Tres hombres van a morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
633 — ¡Con garras y dientes!
- En Colección CALIFORNIA:
752 — La historia de Buby el Llorón.
- En Colección ASES DEL OESTE:
792 — Doctor Whisky.
- En Colección COLORADO:
610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
232 — El día más infernal.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82 — La chica del rifle de oro.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5 — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

Ruth Anders abrió la ventana y contempló extasiada el mar a mas cien yardas. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿Le gusta, señorita Anders?

Abrió los ojos y dio la vuelta. El larguirucho empleado de la residencia El Pinar, estaba allí, con las maletas colgándole de las manos, sonriéndole.

—¿Cómo he tardado tanto tiempo en encontrar este lugar? Es justamente lo que yo necesito para mi trabajo, tranquilidad.

—¿A qué se dedica usted, señorita Anders?

—Escribo guiones para la televisión, pero no lo diga a nadie, ¿eh Anthony?

—Descuide, señorita Anders. Nadie lo sabrá por mí.

—La gente es muy curiosa y parece que no tiene nada más que hacer que molestar a las personas que necesitamos tranquilidad. Es lo que vine buscando aquí, Anthony. —Éste es un lugar tranquilo, señorita Anders. Acertó en su elección.

—La verdad es que no elegí. Vine por casualidad. Nadie me había hablado de la residencia El Pinar. Tomé carretera adelante y al ver esto me dije: «Aquí lo tienes, Ruth. Lo que tú buscabas».

—En esta época del año no hay mucha gente. Se lo digo para que no se le ocurra jamás venir en verano, si lo que busca es tranquilidad.

—Lo tendré en cuenta, Anthony. Gracias —la joven abrió el bolso y extrajo dos billetes de a dólar.

El larguirucho Anthony dejó las valijas en sendas sillas y aceptó los dos billetes con tina sonrisa.

—Tenemos un pequeño restaurante, señorita Anders. Naturalmente, puede comer en el *bungalow*, si quiere.

—Por ahora prefiero hacerlo aquí. Todavía tengo algunas latas de conserva en el coche. Cuando se me acaben lo pensaré.

Bruscamente, por el hueco de la ventana apareció una cara horrible de nariz ganchuda y ojos saltones.

Ruth lanzó un grito retrocediendo con tan mala fortuna que tropezó con las valijas y cayó al suelo.

El larguirucho Anthony, exclamó:

—¿Otra vez con sus bromas, señor Keenan?

Ruth seguía con la mirada fija en la figura que había en la ventana y ahora vio cómo la cara se desdoblaba.

Todo tenía su explicación. El hombre había utilizado una máscara.

El señor Keenan era un hombre de unos treinta y cinco años, de rostro simpático, ojos que brillaban regocijados. Se cubría con un jersey rojo.

—¿La he asustado, señorita?

Ruth se levantó hecha una fiera.

—¿Quién le ha dado confianzas?

—Vamos, vamos, señorita, es usted una belleza cuando no se enfada.

—¿Vive aquí el monstruo, Anthony?

—*Bungalow* número cuatro. El próximo al suyo.

—Ya decía yo que no podía tener tanta suerte.

—Desfrunza ese entrecejo, preciosa —siguió sonriendo Keenan—. El monstruo promete comportarse bien en lo sucesivo. Sólo la asustaré durante la noche. ¿Le gusta más así? —Lanzó una risa cavernosa y desapareció.

Ruth apretó los puños y se puso en marcha atrapando las maletas.

—Eh, ¿adónde va, señorita Anders? —gritó el empleado.

—En busca de otro refugio.

—No debe tomarlo así, señorita Anders. El señor Keenan es un hombre muy simpático. —El señor Keenan necesita que lo trate un siquiatra, Anthony, y creo que con mucha urgencia.

—Cuando lo conozca mejor, cambiará de idea.

—¿Cuándo lo conozca mejor...? Oh, no, Anthony. No quiero ampliar mis conocimientos acerca del señor Keenan.

La joven fue a abrir la puerta, pero el rubio se lo impidió.

—No tiene necesidad de soportarlo, señorita Anders.

—Yo no, pero me parece que ese joven está demasiado

acostumbrado a asustar a la gente.

—Quiero decirle que él apenas está en la residencia y usted, por razón de su trabajo, habrá de permanecer en el *bungalow*.

—¿Por qué no pasa aquí su tiempo el señor Keenan?

—Es un gran pescador. Le apasiona irse mar adentro en una barca que tiene alquilada y se pasa el día allí... Se lo aseguro, señorita Anders.

La joven entornó los ojos.

—¿Lo dice para que me quede, Anthony?

—No, señorita Anders. Es la pura verdad. El señor Keenan se va todos los días al amanecer hacia el embarcadero. Monta en la barca con motor fuera borda de Curt Piper, y se aísla mar adentro. Ya no regresa hasta la noche. Algunas veces hasta le he visto llegar de madrugada.

—¿Vive en El Pinar?

—Oh, no, señorita Anders. El señor Keenan está disfrutando de sus vacaciones. Llegó hace una semana.

—¿Y cuánto le quedan de esas vacaciones?

—Otras dos semanas.

—Demasiado tiempo. —Ruth se pellizcó el mentón pensativa y al cabo de un rato, miró suspicaz al empleado—. Espero que sea cierto lo de la pesca, Anthony.

—No le engaño. Ya verá usted como no vuelve a ver al señor Keenan en todo el día.

—Espero no verlo tampoco durante la noche.

CAPÍTULO II

Ruth llevaba dos horas sentada ante la portátil. A sus pies yacían dos arrugados folios. Eran otros tantos comienzos del guión que se había propuesto escribir.

Se las había prometido muy felices al principio, cuando se sentó frente a la ventana, dispuesta a realizar el mejor guión de su vida, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. No estaba inspirada.

¿Tendría razón el columnista Roger Sturges que en el Star de Nueva York se había metido con ella, insinuando que estaba agotada?

Aquella víbora de Roger no ignoraba que ella había escrito doscientos cincuenta guiones en los últimos cinco años, un verdadero récord profesional.

El jefe de producción de los estudios, Harold Queen, le había sugerido la idea de marcharse lejos de Nueva York después de manifestarle que, realmente, durante los últimos tres meses, sus guiones no habían sido lo que cabía esperar de Ruth Anders. Naturalmente, no había permanecido callada. Pasó a la ofensiva inmediatamente, pero, poco a poco, tuvo que frenar sus impulsos porque ella misma había llegado a admitir que sus guiones estaban faltos de algo. ¿Emoción? No. La contenía a raudales. ¿Humanidad? Eso era lo que les faltaba.

Su representante, Jimmy Gabor, apoyó la idea de Queen con respecto a un viaje, y Ruth, por fin, había aceptado, pero ahora echaba de menos la gran ciudad. ¿Por qué había hecho caso de aquellos dos hombres que serían incapaces en cualquier circunstancia de abandonar Nueva York? Allí estaba, en un lugar de la costa, a más de mil millas de su casa, esperando a que una idea original brotase de su cerebro, a que unos personajes hiciesen aparición ante sus ojos.

Tiempo perdido.

Pero aún podía rectificar. Claro que lo haría. Y sería ahora mismo.

Subiría a su coche e iniciaría el regreso. O mejor aún, podía vender el vehículo y tomar un avión en el aeropuerto más próximo.

Fue a levantarse de la silla, pero de pronto quedó sobrecogida al ver la cara que aparecía en la ventana. Era una cara de mejillas hundidas, pómulos salientes y nariz grande, muy afilada.

—¿Otra broma, señor Keenan?

—Perdón, señorita, ¿qué es lo que dice?

Entonces Ruth se dio cuenta de que aquella cara era real.

—¿Quién es usted?

—Un amigo del señor Keenan, su vecino. No debe conocerle mucho cuando me confunde con él.

—Llegué esta mañana.

—Al parecer, Keenan le gastó una broma y eso quiere decir que entabló conocimiento con él.

—Sí.

—Estuve llamando a su puerta, pero no está dentro.

—Se fue de pesca.

—¿De pesca?

—Sí, es su afición.

—Ya —el desconocido se volvió mirando al mar—. La pesca es algo muy bueno. Yo también me dedico a eso... —sonrió otra vez a Ruth—, aunque también tengo otras ocupaciones.

Llevóse la mano al sombrero y se apartó del marco.

Ruth permaneció un rato inmóvil, pero finalmente se acercó al hueco viendo al hombre caminar hacia el embarcadero.

Lo vio desaparecer por entre los pinos, descendiendo por la ladera.

Aquel hombre le había producido cierto desasosiego. No sabía cómo explicarlo, pero ahora que se encontraba nuevamente sola, sentía que una especie de escalofrío le recorría todo el cuerpo. ¿Por qué? No era una chiquilla y, por otra parte, estaba acostumbrada a sacar aquellos tipos con cara de calavera en sus guiones para la televisión. Tenía la impresión de que era uno de sus personajes el que se había asomado por aquella ventana para preguntarle por el señor Keenan.

Encendió un cigarrillo y paseó por la estancia pensativa.

Da pronto se le presentaba el señor Keenan como alguien poseído de un misterio. Un hombre que gastaba bromas con careta y que recibía extraños visitantes, como aquel que acababa de llegar a su *bungalow*...

Salió y cerró la puerta con llave. Cubríase con pantalones negros y blusa verde. Fue a la oficina donde encontró a Anthony Shea leyendo una historia del Far West. —Hola, señorita Anders— sonrió tímidamente el joven—. ¿Qué tal le va en la residencia El Pinar?

—Bastante bien.

—Lo cerebro mucho.

—Hasta me dieron otro susto.

—¿Otro...? —Anthony borró poco a poco la sonrisa—. El señor Keenan no regresó todavía.

—Esta vez no fue el señor Keenan, sino ese hombre que llegó preguntando por él. —¿Vino un hombre preguntando por él?

—Cruzó hace un momento frente a esta oficina. ¿No pasó antes por aquí?

—No, señorita.

—Quizá vino en otra ocasión. Está por los treinta años y es de pómulos altos y mejillas hundidas, ojos de un color verdoso.

—No, señorita Anders. No he visto jamás a ese hombre y, si quiere que le diga la verdad, desde que el señor Keenan se encuentra en El Pinar, nadie ha preguntado por él. —Bueno, Anthony, me voy a dar una vuelta por ahí.

—Tenga cuidado si va por la costa, señorita Anders. Hay un acantilado peligroso. Tiempo atrás han ocurrido algunas desgracias.

—Gracias, Anthony. Me preocuparé mucho del lugar donde ponga el pie.

Ruth descendió por la ladera hacia el pequeño muelle que se situaba allí.

Oyó el zumbido de un motor. Una lancha partía. Vio la figura de aquel hombre, el que había preguntado por Keenan, los brazos en jarras, el sombrero echado sobre la nuca.

Dos hombres estaban sentados junto a unos barriles de petróleo remandando unas redes.

—Buenas tardes —dijo Ruth.

Los dos hombres correspondieron al saludo.

Leo dos habían pasado ya de los cincuenta años.

—¿Hay mucha pesca por aquí?

—No nos podemos quejar —contestó el que de los dos parecía más audaz—. Da bastante para que sostengamos a nuestras familias.

Ruth miró hacia el mar y vio a lo lejos una isla.

—¿Qué es aquello?

—La isla de San Patricio.

—¿Vive alguien allí?

—Oh, sí —el hombre rió—. Es justo donde nosotros vivimos... un pueblo de unos quinientos habitantes. Casi todos somos pescadores. Sólo nos acercamos aquí para recoger el combustible — señaló los barriles de petróleo— y aprovechamos también para arreglar nuestras cosas.

Ruth miró la lancha donde iba el misterioso desconocido. Se había convertido en un punto en el horizonte.

—Quisiera alquilar una lancha para dar una vuelta por los alrededores.

—El viejo Jonás está disponible. Lo vi hace un rato. Pero no le pida que vaya muy aprisa. Le gusta remar despacio.

—Preferiría una lancha con motor fuera borda. Me gusta la velocidad.

—Entonces tendrá que esperar. No hay ninguna disponible.

Ruth miró el muelle y vio una embarcación como la que ella deseaba.

—¿No está aquélla disponible?

—¡Oh, no!

—¿Por qué?

El pescador se echó a reír, pegando con el codo a su compañero. Fue éste quien contestó:

—Esa lancha pertenece a Tom Wells. No le recomendamos que le haga una oferta, señorita. Es un hombre, ¿cómo diría yo...?, un poco salvaje.

—Sé librarme de los salvajes, amigos. Gracias por todo.

Al llegar al borde del muelle se puso a mirar la barca pero no vio a nadie en la cabina.

—Eh, ¿hay alguien ahí?

Esperó un rato sin que recibiese respuesta, pero de pronto le llamó una voz por detrás.

—¿Qué quiere, señorita?

Se dio la vuelta bruscamente y vio al hombre que se dirigía a ella. Estaba tendido a la sombra de unos barriles e indudablemente acababa de despertar de su sueño. Era un joven de unos veintiséis o veintisiete años, que tenía el torso desnudo, un torso atlético. Su cabello era rabio y le caían algunos mechones sobre la frente, los ojos azules, la nariz recta.

—Quiero alquilar la lancha, señor Wells.

—Me conoce, ¿eh?

—Unos amigos suyos me hablaron de usted.

Tom Wells quedó sentado en el suelo y apoyó la espalda en el barril mientras observaba a la joven.

—¿Cuánto me va a hacer pagar por alquilar su barca? —preguntó Ruth, para interrumpir el examen al que estaba siendo sometida.

—Depende.

—Digamos que la alquilo por cinco horas.

—Cincuenta dólares.

—¿Cincuenta dólares? ¿Se da cuenta de lo que dice?

—Bueno, alquile otra —repuso Tom Wells y se tendió otra vez en el suelo, disponiéndose a continuar su sueño.

Ruth sintió que se irritaba cada vez más.

—Veinticinco dólares —dijo.

Tom no contestó. Ni siquiera se movió una pulgada.

—Está bien. Estoy dispuesta a llegar hasta los treinta dólares.

—Oiga, señorita, esta noche me espera una dura faena, de modo que déjelo para otro día y quizá se lo haga gratis. Buenas tardes.

Ruth apretó los menudos dientes.

—De acuerdo. Tendrá sus cincuenta dólares.

Wells tampoco se movió.

—¿Es que no me ha oído? —Ruth dio una patada en el suelo—. ¡Estoy conforme con su precio!

Se puso en pie perezosamente. Luego se acercó a la joven y alargó la mano.

—Deme el dinero.

Ruth abrió su bolso y extrajo un fajo de billetes de los que apartó cincuenta dólares que entregó bruscamente a Tom.

Wells los miró detenidamente.

—No son falsos —dijo agriamente ella.

—No se puede fiar uno de nadie. El año pasado se llegó un tipo por aquí y también alquiló mi lancha. Entre el dinero que me largó había un billete de cinco dólares que no era bueno.

—Qué ruina para usted, ¿eh, señor Wells?

De pronto Tom dio un salto y fue a parar a la barca. Lo hizo tan bruscamente y pasó tan cerca de Ruth que ésta se tambaleó y estuvo a punto de caer al agua.

—Eh, usted, ¿qué clase de bruto...? —se interrumpió al ver que él estaba sonriendo.

—Ande, señorita. Deme la mano.

—Puedo bajar sola.

—De acuerdo. Arrimaré la barca a la escalerilla para que pueda bajar fácilmente.

—Saltaré.

—¿Se atreve?

—Claro que me atrevo. Ande, apártese de ahí.

Tom retrocedió y entonces Ruth hinchó los pulmones de aire y saltó a la lancha. Dio un traspiés venciéndose sobre Tom, que la sostuvo con fuertes brazos.

—¿Ve cómo no resultó tan fácil?

Ella se desprendió de sus manos.

—Póngase en camino, señor Wells. ¿Quiere?

—¿Adónde vamos?

—A la isla de San Patricio.

Era justo la dirección que había tomado la lancha donde viajaba el amigo del señor Keenan.

Poco después emprendieron el viaje.

De pronto un chorro de agua mojó a la joven.

—Eh, ¿por qué no me avisó? —exclamó enfurecida—. Me ha puesto perdida.

—¿No conoce la dirección del viento?

—No pertenezco a la Marina.

—Está bien, quítese la blusa...

—¿Que me quite la blusa?

—Vaya a la proa y encontrará un jersey. Le vendrá un poco ancho, pero no tengo otra cosa que ofrecerle. Vamos, no se quede ahí. Conforme entremos en el mar soplará una brisa muy fresca. Puede atrapar una pulmonía.

La joven fue a protestar, pero por último decidió ir a proa. Vio el jersey que era de un azul descolorido. Colgaba de una cuerda, sujeto por unas pinzas. Pero no había sitio donde ponérselo y, al volver la cabeza, vio a Tom que le sonreía, indicándole con el dedo que se lo pusiese abajo, en la cabina. Ella comprendió que tendría que ponerse de rodillas para que él no pudiese ver cómo se cambiaba. Atrapó el jersey con un gesto de mal humor y fue al lugar que él le había señalado.

—¡No asome la cabeza, señor Wells!

—Sí, nos hará mejor tiempo mañana.

—¡He dicho que no se asome!

—¡No se oye!

Ruth se puso de rodillas y despojóse de la blusa, dejándola en el suelo. Luego se cubrió con el jersey, pero se confundió y empezó a embutirse la cabeza por una de las anchas mangas. Rectificó muy oportunamente porque, cuando logró meter la cabeza en su sitio, vio que Tom aparecía por una de las esquinas.

—¿Necesita ayuda, señorita?

—¿Qué hace aquí?

—Aseguré el timón, no se preocupe. No podemos irnos a pique.

—Oiga, usted es el tipo más fresco que he encontrado en mi vida.

—Eso lo dice porque no conoció a mi tío Steward. Le contaré un par de cosas de él y se convencerá.

—No hace falta que me cuente nada de su familia, señor Wells. Me basta con haberlo conocido a usted.

—Los cincuenta dólares incluye un buen trato al cliente.

—Prefiero que se mantenga lo más alejado posible de mí.

—Como usted quiera, señorita, pero le aseguro que es la primera vez que me pasa esto con una mujer. Usted debe ser como algunas de las que me habló mi tío Stewart. El las llamaba de «cuello largo».

—¿Cuello largo?

—Sí, ya sabe, estirada. De esas que se creen tan importantes que no les gusta codearse con los que no son de su clase. Pero no se preocupe, señorita, no la voy a recriminar. Cada cual ha recibido su educación.

Wells se introdujo en la cabina.

La joven, al quedarse sola, mordióse el labio inferior mientras se

ponía la mano en el cuello. La retiró de repente, cuando se dio cuenta de que se lo estaba midiendo.

CAPÍTULO III

Ruth buscó a todo lo ancho del mar la lancha en que viajaba el hombre de los pómulos altos, pero no la encontró.

La isla de San Patricio estaba cada vez más cerca. El pueblo, con sus casas blancas, ya era visible. Podía observar desde allí que la costa de la isla era muy accidentada, salvo en la parte donde se alzaba la aldea, rodeada de islotes rocosos.

Se acercó a la puerta de la cabina.

Tom Wells fumaba un cigarrillo.

—Imagino que quiere ir a la isla, por eso puse proa hacia el pueblo.

—Hizo bien.

—Me alegro de haber acertado por una vez.

—¿Conoce al señor Keenan?

—No conozco a ningún Keenan.

—Me refiero a un huésped de El Pinar.

—Oh, sí, se refiere al pescador, al tipo que le alquila la barca a Curt Piper.

—El mismo, señor Wells —la joven se pasó el dedo por el grueso cuello del jersey—. ¿Sabe dónde va el señor Keenan a pescar?

Tom le dirigió una mirada entre el humo que ascendía del cigarrillo.

—¿Es su hombre?

—¿Eh?

—Le pregunté si va a la caza del señor Keenan.

—Me advirtieron que era usted un salvaje, señor Wells.

—Siempre los hay envidiosos. No les haga caso.

—Sepa que no voy a cazar a ningún hombre.

—¿Ninguno?

—Ninguno.

—Es mal asunto. ¿No lo leyó en los libros? Una mujer necesita a

un hombre o se le desquician los nervios... Usted los tiene muy alterados.

Ruth estaba roja de ira, pero hizo un esfuerzo. Necesitaba los servicios de Tom Wells.

—¿Quiere llevarme al lugar donde el señor Keenan acostumbra a pescar?

—Puedo llevarla donde usted quiera, patrón.

La lancha inició un giro brusco.

Ruth se fue hacia la banda de estribor lanzando un grito. Pero logró aferrarse al marco de la puerta con la punta de los dedos. Sus ojos centellearon.

—¿A qué se dedica, señor Wells?

—Transporto mercancía entre la isla y tierra firme.

—Ya entiendo. Quizá me ha tomado por un fardo.

—¿Sólo ha venido a seguir al señor Keenan?

—Ya le he dicho antes que no sigo al señor Keenan.

—Cualquiera lo diría, pero no creo que él sea su tipo.

La lancha cruzó por entre los islotes.

Ruth observó el paisaje. Era maravilloso. El mar batía la isla y a través de los siglos había formado figuras caprichosas, enormes grutas...

—Es raro —dijo Wells.

—¿El qué?

—Curt Piper debía estar aquí con su barca.

—Bueno, se habrán ido a otra parte.

—Siempre los vi en este lugar.

—¿Por qué no se acerca más a la costa?

Wells se introdujo en una bahía.

Ruth observaba atentamente la tierra que desfilaba ante sus ojos, pero no veía ninguna figura humana.

Al cabo de unos veinte minutos llegaron al otro extremo del cabo.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Wells.

La joven se encogió de hombros.

—Iremos a San Patricio —dijo él—. Le gustará.

—¿Puede ir dando la vuelta a la isla por el otro lado?

—Desde luego, pero eso nos llevará casi una hora y llegaremos a San Patricio de noche.

—Ya da lo mismo. No tengo ninguna prisa.

—Corriente, patrón.

—¿Quiere dejar de llamarme patrón?

—Todavía no he oído su nombre.

—Ruth Anders.

Tom sacudió la cabeza mientras la lancha doblaba por el cabo.

Ruth sacó un paquete de cigarrillos y lo alargó a Tom.

—No fumo rubio —dijo Wells.

Ruth encendió su cigarrillo y salió de la cabina.

Llevaban ya diez minutos costearo la isla, cuando la joven creyó ver algo entre las rocas, como una embarcación. Golpeó los cristales señalando a Tom el lugar de la costa donde acababa de hacer su descubrimiento.

El joven maniobró llevando la lancha hacia aquella parte.

Conforme más se acercaban, Ruth podía ver con más claridad la lancha que parecía ser un juguete de las olas.

Tom aseguró el timón y acudió junto a Ruth.

—Es la lancha de Curt Piper y está sin mando.

En aquel momento la embarcación a que se referían, chocó contra las rocas, produciendo un terrible crujido.

—Se va a hacer pedazos —dijo Ruth.

—Ya lo está. Ha recibido varios golpes en la banda de estribor. Tuvo suerte hasta ahora de no empotrar la quilla en uno de esos bajos.

—Pero ¿y el señor Keenan y ese Piper?

Los dos miraron por toda la costa sin encontrar a nadie.

Tom se puso las manos a manera de altavoz.

—¡Piper...! ¡Curt Piper!

Sólo le contestó el eco.

—Hay un pequeño rincón a la derecha donde podremos atracar —explicó—. Luego saltaremos a tierra firme para buscarlos. No me gusta. Debe haber pasado algo.

La joven sintió un nuevo escalofrío al recordar al hombre de las mejillas hundidas que buscaba al señor Keenan.

Tom llevó su lancha al lugar que había señalado y echó el ancla.

La joven saltó en seguida a tierra.

—Eh, no se aleje demasiado —dijo Wells, mientras aseguraba su embarcación con las cuerdas.

Pero Ruth no hizo ningún caso y siguió corriendo.

Saltó por entre unas rocas y de pronto se detuvo. Creyó que la sangre se le helaba en las venas al ver el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Tendido en el suelo rocoso había un hombre cuya cabeza estaba destrozada.

—¡Señor Keenan! —gritó.

CAPÍTULO IV

Ruth se encontraba tendida en su cama fumando un cigarrillo mientras por su mente desfilaban las escenas de aquel filme, horroroso, del que ella había sido protagonista.

Otra vez vio a sus pies el cuerpo de Keenan con la cabeza rota, la sangre confundándose con el rojo del jersey...

Tom Wells la hubo de sostener entre sus brazos porque estuvo a punto de caer redonda. Luego la condujo a la barca y él saltó de nuevos a tierra. Durante un buen rato lo oyó gritar el nombre de Piper y, cuando quince minutos más tarde regresó a la lancha, le informó que no había encontrado a Piper ni a ningún otro rastro humano. Entonces ella se había acordado de la lancha de Piper, donde quizá habrían huellas del crimen cometido, pero cuando regresaron adonde habían visto por última vez la lancha, ya no la vieron porque indudablemente se había hundido al chocar contra las rocas que emergían del agua.

Regresaron a tierra y fueron juntos a la oficina del *sheriff*. Éste era Patrick Disney, un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabello prematuramente canoso.

El *sheriff* había dispensado a la joven de acompañarlos al lugar donde se encontraba el cuerpo sin vida de Keenan. Le rogó que no hablase con nadie del asunto y que regresase a su *bungalow* en El Pinar. Más tarde, el *sheriff* le haría una visita, porque tenía nuevas preguntas que hacerle. Ruth no habló al *sheriff* del desconocido de los pómulos altos que también se había dirigido en una lancha a la isla y tampoco que ella había emprendido aquel viaje acuciada por la aureola de aquel misterio que de pronto había descubierto en Keenan. Simplemente había alquilado la lancha de Tom Wells para dar un paseo. Esperó que Wells no la contradijese haciendo recordar que ella había dicho que quería ver a Keenan, pero el rubio guardó

silencio.

De pronto oyó un ruido lejano.

Se irguió poco a poco y quedó a la escucha.

Transcurrieron dos minutos y ahora oyó un golpe.

Parecía proceder del *bungalow* número cuatro, el del difunto Keenan.

Miró por la ventana. Era noche cerrada.

Salió del dormitorio, encaminándose hacia la puerta, Avisaría a Anthony.

Cerró la puerta y se dirigió sigilosamente a la oficina.

Se detuvo al ver que en el escritorio no había nadie.

—Anthony —llamó.

Entonces salió al porche. Reinaba la oscuridad a su alrededor. Todo estaba envuelto en el silencio, tan sólo interrumpido por el murmullo del mar.

De pronto oyó ruido de risas. La puerta de un *bungalow*, el número dos, se abrió y una mujer apareció dando trompicones, riendo, con un vaso en la mano.

Un hombre salió con paso inseguro y también reía.

—Eh, Wilma, tenemos que hacer otro brindis...

—Es usted muy divertido, jefe —respondió la joven—, pero no debe beber una gota más... Recuerde a lo que vinimos. Me va a dictar unas cartas.

—De acuerdo, Wilma, empecemos a trabajar cuanto antes.

—Esto es mucho mejor, señor Randall.

La joven llamada Wilma entró en el *bungalow* y en seguida la siguió su jefe, Randall, el cual cerró la puerta.

Volvió a reinar el silencio.

Ruth miró otra vez al escritorio. Seguía vacío.

De repente una idea cruzó por su pensamiento y se echó a reír. Claro, ahora conocía el origen del ruido en el *bungalow* número cuatro. Era el propio Anthony quién se encontraba allí, quizá haciendo la limpieza.

Echó a andar y pasó frente a su compartimento. Subió al porche del número cuatro y abrió la puerta sin llamar.

La luz estaba encendida, pero allí no había nadie.

A la derecha, en la habitación que correspondía al dormitorio, estaba la puerta entornada y a través de ella también se filtraba la

luz.

—Anthony —llamó.

Cruzó la estancia y dio impulso a la puerta del dormitorio pasando al interior. De pronto algo golpeó contra su cabeza.

Tuvo la impresión de que súbitamente la estancia quedaba envuelta en la oscuridad y se desplomó perdiendo el sentido.

Sintió que le pasaban un paño húmedo por la cara y abrió los ojos. Por encima de ella vio la cara de Anthony.

—Dios mío, me ha dado un buen susto, señorita Anders...

La joven se puso en pie ayudada por el empleado.

Se encontraba en el dormitorio del *bungalow* número cuatro. Todo estaba revuelto, el armario abierto, el contenido de los cajones por el suelo... Había dos trajes de hombre que habían sido desgarrados.

Anthony se rascó su alborotado cabello.

—Caramba, ¿qué ha ocurrido?

Ruth lo miró a los ojos.

—¿Cómo llegó aquí, Anthony?

—Había ido por leña al cobertizo y traía una carga en la carretilla. Cuando pasé enfrente a este *bungalow* vi que la puerta estaba abierta. Entré a decir al señor Keenan que había llegado una carta para él. Fue cuando la encontré a usted.

La joven se tocó la cabeza y dio un gemido al notarse el chichón.

—¿Cómo pudo desmayarse, señorita Anders?

—Me desmayaron.

—¿Quiere decir que alguien la golpeó?

—Seguro, Anthony.

—Pero el señor Keenan es un hombre pacífico.

—No fue el señor Keenan. El señor Keenan ha muerto ya.

La nuez de Anthony bajó y subió en su garganta.

—¿Muerto...? Oh, no, señorita Anders. Usted debe estar mareada por efecto del golpe. —Lo asesinaron en la isla de San Patricio. Yo descubrí el cadáver. Me acompañaba Tom Wells.

Anthony se pasó una mano por la cara.

—Me parece increíble..., completamente increíble.

—Anthony, me tiene que contar cosas acerca del señor Keenan.

—Sé muy poco de él. También vino por primera vez a la residencia El Pinar.

—Tuvo que inscribirse. ¿Qué dice su hoja?

—Su nombre completo es Norman Keenan, y vive en Chicago.

—¿Profesión?

—Empleado de oficina.

—¿Qué empresa?

—No lo puso.

—¿Casado?

—Soltero.

—Habrá hablado con usted durante este tiempo y le habrá contado alguna cosa con respecto a su vida.

—No, señorita Anders. Keenan no me contó nada. Bueno, yo tampoco le pregunté. No me gusta hacer preguntas a los clientes por si creen que soy un entrometido. —¡La carta!

—¿Eh?

—La carta que Keenan ha recibido. ¿Dónde está?

—En la oficina. Ahora habré de entregársela al *sheriff*.

La joven echó a andar rápidamente.

—Eh, ¿adónde va, señorita Anders?

—Quiero ver esa carta.

Ruth salió del *bungalow* y caminó hacia la oficina. Anthony se entretuvo en tomar la carretilla para transportar la carga de leña.

La joven examinó los casilleros destinados a la correspondencia. Efectivamente, en el número cuatro había una carta. La tomó. En el sobre sólo constaba la dirección de Keenan en la residencia El Pinar. Ruth rasgó el sobre y extrajo su contenido, una hoja de papel en la que leyó:

«El hombre lo estará esperando el día 23 a las diez de la noche en el Garden Park de Port Ville, junto al monumento a los caídos en la Segunda Guerra Mundial».

Eso era todo y no había firma. Aquel día era 22.

Guardó la carta y el sobre en el bolsillo y se volvió oyendo que Anthony entraba.

—¿Dónde está la carta dirigida al señor Keenan, Anthony?

El rubio miró el casillero correspondiente.

—La dejé ahí.

—No hay ninguna carta.

—Dios mío, se la han llevado... Debe ser el hombre que la golpeó a usted, el tipo aquel que me describió.

—No lo sé, Anthony.

—El *sheriff* me hará responsable de la desaparición de la carta. Debí esperar a que llegase mi sustituto, el señor Meredith, y no abandonar el escritorio para ir por la leña.

—Bueno, Anthony, quizá la carta no decía nada importante, aunque el hombre que la robó creyó lo contrario. Quiero decir que no diré nada de la carta. Usted también puede silenciarlo.

—¿Hará eso por mí, señorita Anders?

—Claro que sí, Anthony.

—Muchas gracias.

—Regresaré a mi *bungalow* para arreglarme un poco. El *sheriff* no debe tardar mucho.

Cuando iba a entrar en su *bungalow* dirigió una mirada al número cuatro. Anthony había apagado las luces antes de salir y ahora la puerta estaba cerrada.

Sacó la carta dirigida a Keenan del bolsillo y la guardó entre un montón de folios.

Luego se introdujo en el cuarto de baño y tomó una ducha.

Se estaba secando con la toalla cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—El *sheriff*, señorita Anders.

Oyó que la puerta se abría y cómo varias personas se introducían en el salón.

—Perdone, *sheriff*, pero sólo tardaré un momento en vestirme.

Se puso ahora un jersey blanco y pantalones gris plomo.

El *sheriff* había llegado acompañado por Tom Wells y por otro hombre a quien no conocía. Éste frisaba en los cincuenta y cinco años de edad y era de pequeña talla y barba crecida. Se cubría la cabeza con un sombrero de paja, muy gastado por los bordes.

—Descúbrete, Delmer.

Delmer se quitó el sombrero de paja y dirigió una sonrisa a Ruth mostrando unas encías desdentadas.

—¿Ha averiguado algo, *sheriff*? —preguntó la joven.

—Muy poco, salvo que este hombre, Delmer Heilwil, que tienen una lancha con motor fuera borda, llevó a un desconocido a la isla de San Patricio poco antes de que usted alquilase la lancha de Tom

Wells. Delmer ha dado la descripción del tipo. Era alto, de sienes hundidas y ojos verdosos. Se cubría con un traje oscuro, corbata clara y sombrero de fieltro color marrón. ¿Lo vio usted rondando por aquí, señorita Anders?

—No, *sheriff* —contestó—. ¿Cree que ese hombre es el asesino del señor Keenan? —Delmer dice que lo llevó a un par de millas de donde apareció el cadáver y el desconocido dijo a Delmer que podía regresar.

—Entonces, debe encontrarse allí todavía. Podrá detenerle, *sheriff*.

—Lo buscamos en el pueblo, pero nadie nos pudo hablar de él.

—Quizá después de asesinar al señor Keenan se fue al interior de la isla.

—Si hizo tal cosa no puede permanecer escondido mucho tiempo. Los únicos manantiales de la isla se encuentran en el pueblo y el interior es completamente rocoso. No hay comida ni agua. Mi hipótesis es otra. Ese hombre no debe de estar ya en la isla. Utilizó otra barca para huir de allí si es que él asesinó al señor Keenan.

—¿Tampoco encontraron al señor Piper?

—No, y nos tememos que haya ocurrido lo peor. Pudo ser muerto también y su cuerpo arrojado al agua, en cuyo caso es posible que transcurran muchos días antes de que aparezca el cadáver en la playa.

El de la placa hizo una pausa.

—He visitado el *bungalow* del señor Keenan y lo he encontrado todo revuelto. Anthony me explicó que usted fue allí y la encontró desmayada. Alguien la había golpeado.

—Sí, *sheriff*, es cierto.

—¿Quién la golpeó?

—No pude verlo.

—¿Por qué entró en el *bungalow* de Keenan?

—Oí ruido. Quise comunicárselo a Tony, pero al no encontrarlo en la oficina, creí que era él mismo quién se encontraba en el apartamento del señor Keenan. Las luces estaban encendidas. Fui a entrar en el dormitorio donde pensé estaba Anthony y fue entonces cuando me golpearon.

—Señorita Anders, siento causarle molestias, pero no tengo más remedio que comprobar su identidad.

—Entiendo —dijo la joven.

Poco después entregaba su documentación al *sheriff*.

—Se la devolveré en el más breve plazo posible, señorita Anders.

—¿Puedo pedirle un favor, *sheriff*? No quisiera que se airease mi nombre con motivo de este lamentable suceso.

—Haré lo posible por complacerla, pero hay cosas que no dependen de mí, y ya sabe cómo son los periodistas. Vamos, muchachos.

El *sheriff* se dirigió a la puerta seguido de Delmer, pero Tom Wells se quedó allí.

—¿No vienes, Tom?

—Ya hice todo lo que quería. Supongo que no me necesita.

—Está bien, pero no te alejes mucho con tu barca.

—Me tendrá a su disposición, cuando lo desee, *sheriff*, aquí o en la isla de San Patricio. El de la placa emitió un gruñido y salió de la estancia, seguido de Delmer.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Wells se dejó caer en un sillón dando un suspiro.

—Me gustaría beber un trago de *whisky*.

La joven lo miró con un chisporroteo en los ojos.

—No lo invité a que se quedase.

—Vamos, vamos, trate bien a su cómplice.

—¿Mi cómplice?

—No le dije al *sheriff* que usted alquiló mi lancha con el único propósito de ver a Keenan.

—Oiga, señor Wells. Nunca vi al señor Keenan antes de llegar a este lugar. Para ser exactos, sólo lo vi unos instantes en el marco de esa ventana.

—Lo siento, pero no puedo creerla.

Ruth hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué es lo que piensa, señor Wells? ¿Que yo tengo que ver algo con la muerte de ese hombre?

Tom hizo un gesto vago.

—No puedo afirmar nada. Me faltan pruebas, como al *sheriff*. Sólo puedo tener en cuenta lo ocurrido, que usted demostró interés por llegarse al lugar donde pescaba ese hombre.

—Si ha terminado, le ruego salga de aquí.

—Está bien, beberé el *whisky* en otra parte. Yo sólo pretendía

ayudarla a salir del lío. —No estoy metida en ningún lío, señor Wells.

Tom esbozó una sonrisa.

—Me gustaría que fuese cierto..., por usted. —Miró la máquina portátil y el macizo bloque de folios.

Ruth se estremeció porque era justamente allí donde había escondido la extraña carta dirigida a Keenan.

—¿Es novelista?

—Escribo guiones para la televisión.

—Debí suponerlo. Una chica tan complicada como usted, y con tan mal genio, sólo podía ser una intelectual.

—¿Se va a marchar ya?

Tom la miró sin borrar la sonrisa.

—Pero ¿sabe una cosa? Intelectual y todo, está usted muy bien.

La joven empezó a enrojecer. Caminó rápidamente hacia Wells y lo tomó por un brazo. —Le voy a decir también una cosa. Tengo una costumbre. Cuando un hombre empieza a decirme lindezas a ciertas horas de la noche, acostumbro a despacharlo de mi apartamento. ¿Me permite?— lo empujó hacia la puerta.

—Muy bien, Ruth, ya me voy —dijo Tom, y con la mayor naturalidad se volvió, la tomó por la barbilla y la besó suavemente en los labios.

La joven agrandó los ojos, abrió la boca, pero cuando fue a decir algo, ya Tom Wells había salido del *bungalow* cerrando tras de sí.

CAPÍTULO V

Ruth llegó ante el monumento a los caídos en la Segunda Guerra Mundial, en el Garden Park de Port Ville, cuando las saetas de su reloj marcaban las diez menos cuarto de la noche.

Todo estaba envuelto por la niebla que se esparcía como humo cubriéndolo todo, haciendo difícil distinguir un objeto que se hallase a más de cinco yardas de distancia.

Se había adelantado demasiado. Decidió dar la vuelta al monumento que estaba rodeado por una gruesa cadena.

Durante aquel día no había ocurrido nada extraordinario en el lugar de la costa donde se levantaba la residencia El Pinar. El cuerpo de Curt Piper continuaba sin aparecer.

El *sheriff* Disney le había hecho una visita a mediodía para devolverle su documentación.

Ruth se había sentido irritada porque el *sheriff* había telefonado a los estudios de televisión de Nueva York, donde trabajaba, para hacer la verificación de su identidad. Eso significaba dar noticia a Harold Queen y Jimmy Gabor de su paradero, y ambos se sentirían curiosos por saber por qué un *sheriff* hacía preguntas acerca de ella.

La primera conferencia de larga, distancia llegó por la tarde y era de Jimmy Gabor.

«Eh, nena, ¿a qué pueblerino aplastaste con tu auto?», fue lo primero que dijo.

Ella le contestó que sólo había matado a dos patos cuando volaban a una velocidad superior a ciento cincuenta millas.

Gabor aceptó la respuesta sin mucho entusiasmo y luego le preguntó qué tal iba su trabajo. Ruth le dijo que maravillosamente y colgó.

Media hora más tarde le llegó el tumo a Harold Queen.

«¿Qué tal le sientan los aires del mar a mi favorita...?», fue su

poco original comienzo.

Naturalmente, Queen, antes de hacer su llamada, se habría cerciorado en qué lugar caía el condado de Port Ville, en Florida.

Ella le contestó que se encontraba sensacionalmente bien lejos de él, de Jimmy Gabor y demás sanguijuelas que le chupaban la sangre.

Harold Queen le envió una carcajada por el cable, y con eso acabó la segunda refriega.

Bien, ya había completado la vuelta al monumento. Había caminado despacio e invertido nueve minutos.

De pronto oyó pasos a su espalda y se volvió bruscamente. Alguien se acercaba y era un hombre. Lo vio emerger de la niebla. Era muy alto, de nariz y mejillas coloradas.

—Buenas noches, señorita. ¿Por casualidad se ha perdido?

Ruth se dio cuenta entonces de que era un guardián del parque. Se cubría con uniforme y sombrero verde y llevaba una escopeta en bandolera.

—Conozco la salida, gracias —repuso.

El empleado hizo un saludo llevando la mano al sombrero y se alejó.

El eco de sus pasos se fue perdiendo a lo lejos, y finalmente reinó de nuevo el silencio. Ruth sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió. Se dio cuenta de que su mano temblaba. No estaba muy segura ahora de que hubiese procedido con sensatez. Un hombre, Keenan, había sido asesinado, pero recibió una carta citándolo en aquel lugar. ¿Para qué? ¿Quién era la persona que le había enviado la carta? ¿Quién era el hombre que iba a acudir a la cita? De pronto, se habían invertido los términos. Hasta ahora ella había sido quién imaginaba aventuras, la que asumía el papel del destino con respecto a los personajes que intervenían en sus argumentos. Y ahora, de pronto, el destino era quien se ocupaba de ella. ¿No sería acaso su revancha? Todavía estaba a tiempo de retroceder... Sí, iría directa a la oficina del *sheriff* Patrick Disney para comunicarle lo que había silenciado en el asunto Keenan.

Se volvió bruscamente y de pronto tropezó con alguien.

Unos brazos la aferraron y estuvo a punto de lanzar un grito al ver la cara del hombre con quién había chocado. Se cubría con gafas oscuras y sombrero de ala baja, y el cuello de su chaqueta

estaba levantado. Era alto y sólo podía ver de él su boca que curvaba en una irónica sonrisa.

—Perdone, señorita.

—Soy yo quien debo disculparme —tartamudeó y dio un tirón suave para desprenderse de las manos del desconocido.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—No, señor, muchas gracias, ya me iba... —la joven echó a andar.

Durante unos segundos pensó que aquel hombre se iba a abalanzar sobre ella, para impedirle la huida, pero él no hizo nada por seguirla.

Después de recorrer veinte yardas se detuvo, sintiendo que el corazón le galopaba dentro del pecho. ¿Por qué había sido tan estúpida? Se había comportado como una chiquilla. Aquel hombre debía de ser el de la cita con Keenan. Estaba claro. ¿No había ido allí para llevar a cabo su plan? ¿No estaba interesada en aquel misterio?

Inspiró profundamente y volvió por el camino hacia el monumento.

Entretanto, la niebla se había espesado más.

Casi estuvo a punto de tropezar con la cadena que circundaba el monolito. Aquél era el lugar donde se había encontrado con el extraño individuo de las gafas oscuras, pero él ya no estaba allí.

Consultó el reloj. Eran las diez en punto.

Decidió rodear otra vez el monumento y emprendió el camino muy cerca de la cadena.

Llegó a la mitad de su recorrido sin que hubiese encontrado a nadie.

De pronto lo vio de espaldas, casi por sorpresa. Sí, era él, aquel hombre con el que había tropezado.

Carraspeó para llamar la atención y el hombre se volvió.

—Hola, ¿otra vez nos volvemos a encontrar?

—Vine en busca de usted.

—¿De mí...? Me sorprende usted, pero siento decepcionarla, señorita. No tengo tiempo para ciertas ocupaciones.

—Me envía Keenan.

—¿Eh?

—Norman Keenan.

—No la comprendo.

—Usted me comprende perfectamente.

Hubo una pausa entre ambos. Ruth hubiese deseado ver los ojos de aquel hombre, pero las gafas oscuras y la niebla le imposibilitaban conocer las reacciones de su cara. Sus labios seguían curvados.

—¿Cuál es su nombre, señorita?

—Ruth Anders.

—¿De dónde viene?

—De la residencia El Pinar.

—Ya.

—¿Tiene bastante, señor...?

Pero el no quiso decir su nombre.

—¿Por qué no vino Keenan?

—Se encontraba indispuesto.

—Demuéstremelo.

—Deme su dirección y mañana le enviaré un certificado médico.

—Es usted muy chistosa, señorita Anders, pero no me refería a la enfermedad de Keenan.

—¿A qué entonces?

—Demuéstreme que es una enviada de Keenan.

—El hecho de que esté aquí, ¿no es una buena prueba de ello?

—No.

—El jefe de usted envió a Keenan una carta a la residencia El Pinar, en la que decía que hoy, día 23, a las diez de la noche, Keenan debería encontrarse ante el monumento a los caídos en la Segunda Guerra Mundial de Garden Park, en Port Ville.

—Eso sólo prueba una cosa, que usted ha podido informarse del contenido de la carta. —Entonces, ¿por qué Keenan no está aquí?

—Es una buena pregunta, señorita Anders. ¿Por qué Keenan no está aquí? Conteste usted porque es la única que puede hacerlo.

—Me temo que nos encontramos en un círculo vicioso. Pero le responderé. Intentaron asesinar a Keenan.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde?

—Mientras pescaba cerca de la isla de San Patricio. Por fortuna, sólo le hirieron. —¿Quién fue el agresor?

—Keenan me dio su descripción; un hombre de mejillas hundidas y pómulos altos. Sus ojos son de color verdoso, y se cubre con traje oscuro y sombrero flexible.

—Glenn Risso.

—¿Lo conoce usted?

—Sí, conozco muy bien a Gleen —el hombre de las gafas apretó los labios formando por primera vez una línea recta.

—Keenan me encargó le dijese que yo era una persona de toda su confianza.

—¿De veras?

—Haré traslado a Keenan de todo lo que me diga.

El hombre permaneció un rato callado.

—Está bien, señorita Anders. Por su bien espero que esté diciendo la verdad.

—Desde luego.

—Quiero que transmita un mensaje a Keenan.

—¿Qué quiere que le diga?

—Dígale sólo esto: «La olla está en el fuego. El agua hervirá con la luna nueva».

—¿Qué más?

—Eso es todo. Repítalo.

—«La olla está en el fuego. El agua hervirá con la luna nueva».

—Un consejo, señorita Anders. No intente traicionar a Keenan ni a mí. No lo intente, porque entonces peligraría su hermoso cuello.

Era la segunda vez que se metían con su cuello. Pero ahora no se lo tocó.

De pronto, el hombre dio media vuelta y se alejó de ella sumergiéndose en la niebla.

Ruth fue a detenerlo con un grito. No podía dejarlo marchar así. Keenan estaba muerto, y el mensaje que debía transmitirle carecía completamente de sentido para ella.

Se le ocurrió otra idea mucho mejor. No, no debía detener a aquel hombre. Lo seguiría.

Echó a andar, pero el desconocido desplegaba una gran zancada porque apenas se escuchaba ya el eco de sus pasos.

De repente, una forma oscura apareció por entre los árboles y le interrumpió el paso. Ruth vio asombrada ante ella al hambre de los pómulos altos. A Glenn Risso.

—¿Usted...?

—Sí, yo, señorita Anders.

La joven trató de sonreír.

—El mundo es muy pequeño... Nos volvemos a encontrar.

—¿Verdad que es una gran casualidad que usted y yo nos hayamos tropezado aquí...? —Apártese.

—¿Para qué, señorita Anders?

—Quiero marcharme...

—¿Por qué tiene tanta prisa?

La joven se humedeció los labios con la lengua.

—Hace un poco de fresco en este parque y vine muy poco abrigada.

—No necesita nada, señorita Anders.

—Tengo frío.

—Es igual. Sólo lo sentirá por poco tiempo.

Una luz roja de peligro se encendió en el cerebro de la joven. Las palabras de Glenn Risso no ofrecían lugar a dudas. La iba a matar. Por ello no debería preocuparse en buscar abrigo para su cuerpo.

Risso movió las manos y Ruth oyó un chasquido. Luego Glenn levantó poco a poco la diestra y Ruth vio aterrorizada que aquel hombre esgrimía un cuchillo de brillante hoja. —Sin gritar, señorita Anders— dijo, y se movió hacia ella.

CAPÍTULO VI

—No huya, señorita Anders y así será todo mucho más rápido.

La joven retrocedió golpeando el muslo contra la cadena que rodeaba el monumento. Se dio cuenta de que no existía posibilidad de huida para ella. El hombre estaba demasiado cerca y parecía muy ligero y, sobre todo, muy hábil manejando el cuchillo.

—Espere, señor Risso.

—¿Sabe mi nombre?

—Sí.

—¿Quién se lo dio?

—Keenan.

—Está mintiendo.

—No. Es cierto.

—¿Cuándo le habló Keenan de mí?

—Antes de que muriese.

—Está mintiendo, señorita Anders —repitió él.

—Le aseguro que no.

—La primera vez que nos vimos me dijo que no conocía a Keenan.

—Tenía que engañarle porque Keenan me recomendó que no hablase con nadie.

Risso dio otro paso hacia ella.

—No me mate, señor Risso. Conozco el secreto de Keenan.

Risso ya había echado la mano atrás para hundir el cuchillo en el cuerpo de la joven.

—Intenta jugar conmigo, ¿eh, señorita Anders? Usted no sabe nada. Ni siquiera conocía a Keenan. Me dijo la verdad.

Si Risso era el asesino de Keenan cabía la posibilidad de que lo hubiese obligado a hablar antes de matarlo.

—Conocí a Keenan unos días antes de que iniciase sus vacaciones.

—¿Dónde?

—En Chicago. Coincidimos en una fiesta. Simpatizamos mucho y me habló de pasar sus vacaciones en Florida y que yo podía acompañarle.

—¿Vinieron juntos?

—No. Yo no podía dejar mi trabajo en Nueva York.

—Por un momento ha estado a punto de pegármela.

—¿Qué dice?

—Estúpido de mí. Tenían dos *bungalow*, uno vecino del otro.

—Era necesario que nadie se diese cuenta de la amistad que existía entre nosotros.

—¿Por qué?

—Dijo que tenía que ventilar un importante negocio y que se trataba de algo en que no podía permitir la intromisión de una mujer.

—Cuentos y más cuentos, pero ya ha dejado de engañarme, nena. Se acabó. Ruth lanzó un grito cuando Risso fue a clavarle el cuchillo.

Surgió algo por detrás de Glenn, una mano poderosa que lo hizo girar y seguidamente un puño entró en colisión con su maxilar inferior.

Ruth perdió el equilibrio al resbalar sobre la cadena y quedó sentada en el suelo. Al incorporarse vio que los dos hombres seguían luchando.

Oyó otro chasquido y uno de los rivales cayó al suelo yendo a parar junto a la joven. Asombrada, Ruth vio ante sus ojos la cara de Tom Wells.

—Hola, señorita Anders —dijo él, y se puso en pie de un salto para proseguir la pelea. Pero Glenn Risso emprendió la huida. Sus pasos se perdieron a lo lejos en una frenética carrera.

Tom respiró profundamente y se volvió hacia la joven.

—Conque no estaba metida en ningún lío, ¿eh?

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Es eso lo que le preocupa?

—Sí.

—Está bien. Anthony me habló de la carta que había recibido Keenan.

—Prometió que no se lo diría a nadie.

—No lo recrimine a él. Es un muchacho que me aprecia y no me resultó difícil hacerle cantar. Luego sólo tuve que dejarme caer por su *bungalow* y abrir con la llave que también le saqué a Anthony. Fui directo al montón de folios. Cuando ayer les eché una mirada, me di cuenta de que se puso a temblar como una chiquilla que hubiese despachado el tarro de miel.

—¿Quiere que le felicite por sus magníficas deducciones?

—Tiene menos seso que un mosquito.

—¿Eh?

—Sí, y ahora comprendo sus programas de la televisión.

—¡No le permito que me insulte, señor Wells!

—¿Cómo se le ocurrió venir aquí? ¿Es que no se da cuenta de que Keenan fue asesinado? ¿Es que no sabe que el asesino lo mató despiadadamente machacándole la cara? ¿No le advirtió su instinto de conservación que usted podía seguir el mismo camino?

—No dramatice, señor Wells.

—Ande, ofrézcame un puesto en el cuadro de actores de la televisión.

—No contratamos actores tan malos.

Se habían puesto a andar y él la tomó por el brazo y la hizo girar bruscamente.

—¿Quién era el hombre de la carta?

—¿Por qué lo quiere saber?

—Tengo derecho a saberlo.

—Oh, sí, me ha salvado la vida.

—Aunque sólo sea por eso, debe hacerme su confidente.

—Suponga que no le digo nada.

—Iré a hablar con el *sheriff*.

—Chantaje, ¿eh?

—Tómelo como quiera.

—¿Qué hará si se lo digo?

—Lo pensaré.

—No quiero que se lo diga al *sheriff*. Prométamelo.

—Le daré mi respuesta al final, cuando haya terminado con la historia.

—Ha de prometérmelo ahora.

—Está bien. Prometido.

—Le puedo decir muy pocas cosas del hombre al que se refería

la carta. Llegó puntualmente a la cita. Es casi tan alto como usted y se cubría con gafas oscuras, y sombrero de ala caída. Tenía subido el cuello de la chaqueta y llevaba un traje oscuro. Sólo conservo un recuerdo de su cara. Sus labios. Estoy segura de que si lo viese en otra parte, aunque fuese sin gafas, lo identificaría.

—¿De qué hablaron?

Ruth contó la clase de conversación que habían sostenido, de qué forma lo había convencido de que efectivamente ella había sido enviada por Keenan y finalmente le citó aquel extraño mensaje: «La olla está en el fuego. El agua hervirá con la lima nueva». Tom se echó a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó ella, irritada.

—Ese hombre de las gafas oscuras le tomó el pelo.

—Oh, lo olvidaba, usted es un hombre que todo lo sabe.

Tom siguió riendo mientras sacaba un diario.

—Ande, léalo. Es un ejemplar del Clarín de Port Ville. Lo compré esta tarde a las cinco. Al tiempo que le daba el periódico, empujó a la joven hacia un farol del paseo. Ruth leyó los titulares de la primera página: «Crimen en la isla de San Patricio». «Norman Keenan, un hombre de treinta y cinco años que disfrutaba su período de vacaciones, muerto en extrañas circunstancias».

—No hace falta que busque su nombre, señorita Anders —dijo Tom—. El *sheriff* se portó bien con usted. Ahí dice que yo fui el que descubrió el cadáver cuando me dedicaba a las faenas de la pesca.

Ruth le devolvió el periódico.

—Ya le entiendo. Usted cree que el hombre de las gafas oscuras leyó este diario. ¿Quién no le dice que llegó aquí directamente de alguna parte y que por tanto no se encontraba en Port Ville para comprar un ejemplar de la edición extraordinaria del Clarín?

—Siempre quiere tener razón.

—Demuestre que su hipótesis es mejor que la mía.

—Sólo puedo decirle esto, señorita Anders. Regresaremos a la residencia El Pinar, abonará su cuenta, hará el equipaje y se largará.

—¿Sí? ¿Y adónde debo ir?

—A su punto de partida; a Nueva York.

—No puede mandar en mí, señor Wells.

—Oiga, le hablé antes del peligro en que se ha visto envuelta. ¿No recuerda a ese Glenn Risso con su cuchillo listo para

convertirla en un fiambre? ¿Quién le dice que no la estará esperando en cualquier otra parte, incluso en su propio *bungalow*? Probablemente, él fue quien entró en el de Keenan buscando alguna cosa.

—¿El qué, señor Wells?

—¿No lo sabe usted?

—Naturalmente que no.

—Yo tampoco.

Los dos echaron a andar otra vez.

—Pero hay una cosa clave —prosiguió la joven—. Lo que buscaba Risso en el *bungalow* de Keenan es por lo que Keenan fue muerto.

Salieron del parque. Por allí la niebla no era tan espesa y pudieron ver las luces de neón de los bares.

—De modo que va a volver a la residencia.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Cuál es su interés?

—Por primera vez en mi vida tengo un caso vivo ante mí. He dedicado mucho tiempo a sacar los personajes de mi imaginación. Ahora la vida me los ha deparado y pienso aprovechar mi oportunidad. Escribiré el mejor guión de mi vida.

—Tendrá que escribirlo con los datos que ha logrado reunir hasta ahora. Si no se marcha de la residencia, hablaré con el *sheriff*.

—Me prometió que no lo haría.

—No tendré más remedio que hacerlo si usted me obliga a ello.

—Traidor.

—Ha de marcharse y lo hará esta misma noche.

—Concédame un par de días.

—No, señorita Anders. No le concederé un solo minuto más de lo preciso.

—Pero ¿es que no se da cuenta de que ésta es mi gran oportunidad?

—Claro que sí. Es la gran ocasión para que se vaya al cementerio. ¿Por qué desaprovecharla?

—No sea sarcástico, señor Wells.

Ruth había llegado al lado de su coche. Abrió la portezuela y se metió dentro, disponiéndose a cerrar, pero Tom se lo impidió y sentóse junto a ella.

—Salga de aquí, señor Wells.

—Déjese de niñerías y eche a correr hacia El Pinar. No pienso apartarme de usted hasta haberla dejado en el *bungalow*. Y será mejor que obedezca, o ya sabe lo que ocurrirá. El *sheriff* no vacilará un momento en detenerla por haber obstaculizado la acción de la justicia.

—¿Por qué tengo esta negra suerte?

—No se queje.

—Sólo me quejo por haberlo conocido a usted.

—Claro, usted se habría librado sola de todos los peligros.

—Ya puede estar seguro de ello, señor Wells.

—Póngase en camino, señorita Anders. Y si quiere protestar, acuda al *sheriff*. —Reiré el chiste al año que viene— dijo Ruth y puso en marcha el coche.

CAPÍTULO VII

Ruth Anders estaba metiendo su ropa en las valijas.

Tom Wells estaba frente a ella de pie, con los brazos cruzados.

—Señor Wells, le quiero hacer una nueva oferta.

Tom hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Cien dólares si me deja permanecer aquí sin decirle nada al *sheriff*.

—Ya le advertí en el coche que no tratase de comprarme.

—¿Qué es lo que quiere entonces?

—Sólo deseo su seguridad.

Ruth se había sentido invadida por la ira desde que Tom la conminó a que abandonase El Pinar. Ahora se preguntó si había seguido el sistema adecuado para lograr que Tom cambiase de idea.

—De modo que sólo desea mi seguridad... —dijo.

—Sí.

—Eso quiere decir que le intereso.

—Un poco.

Ruth relajó el cuerpo y echó a andar hacia él cruzando las piernas, lo cual imprimió a sus caderas un movimiento de rotación.

—¿Un poco solamente, señor Wells? —Ruth se ahuecó el cabello y lo miró a los ojos abanicando tres veces las pestañas.

—Usted es muy bonita, señorita Anders.

—¿Lo dice en serio?

—Muy hermosa.

—Oh, no sabe cuánto tiempo hace que no me decían cosas tan halagadoras...

—Me recuerda usted a un animal, señorita Ruth, quiero decir a una gata. Se llamaba «Sarah», y pertenecía a mi tío Stewart.

—No me hable de su tío Stewart... Prefiero saber más cosas de usted. Dios mío, debe ser muy fuerte —le tocó un brazo—. Qué músculos... Lo noté por primera vez cuando me rodeó con sus

brazos al caer en la barca desde el muelle...

Estaba muy cerca, de él, demasiado cerca.

Tom Wells la apretó contra sí y la besó fuertemente en la boca.

Crujió un hueso. Pertenecía a Ruth. Ella se apartó lanzando un gritito, llevándose una mano a la espalda, pero en seguida se puso a sonreír.

—¿Le he hecho daño, Ruth?

—Oh, no, fue maravilloso, Tom... Lo repetiremos.

—Ahora mismo.

—Oh, no, mañana. Tenemos mucho tiempo por delante.

—No hay tiempo. ¿Es que no se acuerda...? Se marcha.

Ella forzó una sonrisa.

—No lo dirás en serio, querido.

—Completamente en serio, querida —dijo él, y sonrió mostrando sus blancos dientes. Ruth sintió otra vez que la ira la embargaba. Iba a estallar. No podía evitarlo. Estalló.

—¡Me ha embaucado!

—¿Eh?

—Lo ha hecho Me ha embaucado.

—Eh, un poco más despacio. ¿Quién ha embaucado a quién? Recuerde que se dirigió hacia mí como «Sarah», la gata de mi tío y empezó a manosearme.

—¿Manosearlo yo?

Ruth tomó un zapato de la maleta y se lo arrojó a la cabeza.

Tom se agachó y el zapato cruzó el aire yendo a parar a los pies del *sheriff* Patrick, que en ese momento entraba en la estancia.

—¿De charla, amigos? —dijo el representante de la autoridad y apartó con la puntera el zapato de la joven.

—Me alegro de que haya venido, *sheriff* —repuso Ruth—. Imagino que usted no me dejará marchar.

—¿Va a emprender un viaje?

—Sí, pero naturalmente, estoy dispuesta a sacrificar mis intereses particulares si usted me ordena que me quede aquí.

El *sheriff* frunció el ceño.

—No hace falta que se quede.

—¿Qué me dice de la justicia, *sheriff*?

—¿Qué justicia?

—Soy un testigo, yo descubrí el cadáver, me necesitan...

—Es usted muy extraña, señorita Anders. Primero me pidió que no la entrometiera en el asunto, y sabe que tuve en cuenta su sugerencia.

Ruth hizo rechinar los dientes dirigiendo una malévola mirada a Tom Wells.

—Sí, lo puso a él de descubridor de cadáveres. Después de todo le viene bien el papel. Debe descender por línea directa de Frankenstein.

—La señorita Anders se marcha, *sheriff* —aclaró Tom—. Ha llegado a la conclusión de que éste no es el lugar adecuado para hacer su trabajo.

—Bueno, puede marcharse. Tengo su dirección en Nueva York. Si la necesito para alguna cosa, me pondré en contacto con usted.

Ruth fue a responder, pero cerró la boca y continuó arrojando ropa sobre la valija con gesto brusco.

—Eh, Tom, quiero hablar contigo —dijo el *sheriff*—. A solas... La joven se volvió poniendo los brazos en jarras.

—¿Quiere también que me vaya de mi *bungalow*?

—No hace falta, señorita —sonrió el *sheriff*—. Hablaremos en el cuarto de baño. —Ande, pasen y tomen una ducha de paso. Creo que a los dos les conviene para refrescarse la cabeza.

El *sheriff* se pasó un pañuelo por el cuello, enjugándose el sudor.

—¿Sabe que no es mala idea, señorita? Pero estoy en acto de servicio y me está prohibido ducharme en el departamento de una dama.

El *sheriff* entró en el cuarto de baño y Tom fue detrás, pero antes de desaparecer giró la cabeza.

—Eh, querida, recuerde el zapato. También se lo debe llevar.

Ruth hizo un gesto de tirarle el otro, pero Tom cerró la puerta con rapidez.

Una vez la joven a solas, encendió un cigarrillo.

Odiaba a Tom Wells. Lo odiaba con todas sus fuerzas. Se prometió volver una noche a Port Ville y colocarle dos cartuchos de dinamita en la lancha. Bueno, ahora estaba hablando por boca de uno de sus personajes malos. ¿Por qué no se serenaba?

De pronto oyó un ruido suave junto a la puerta. Se volvió bruscamente y quedó asombrada al ver que por debajo de la puerta habían introducido una carta.

Miró al cuarto de baño y oyó las voces del *sheriff* y Tom Wells, aunque no entendió nada. Corrió hacia la puerta y la abrió de un tirón. En el porche no había nadie. Se agachó y tomó el sobre. Lo rasgó rápidamente y extrajo su contenido, un papel en el que leyó:

«Vaya al motel de Harvey Stevens, en Tarpon Beach.
Me pondré en contacto con usted —firmado—. Un
amigo de Keenan».

Ruth rompió el sobre y el papel en pequeños trozos. Fue a un lado del porche y los arrojó al aire. Los trocitos de papel volaron hacia el mar.

Se introdujo en el apartamento y se puso a hacer las maletas más aprisa, mientras tarareaba una canción de moda.

El *sheriff* y Tom Wells salieron del cuarto de baño.

—Celebro que esté de mejor humor, señorita Anders —dijo el *sheriff*.

—Estoy pensando que, después de todo, vale la pena marcharse cuando se va a perder de vista a ciertos individuos —al decir esto estaba mirando a Tom.

El *sheriff* dio una cabezada.

—Parece que ustedes no han congeniado —comentó dirigiéndose a la puerta. Se volvió en el umbral—. Ya lo sabes, Tom, recuerda lo que te he dicho. Recorre la parte este de la isla. Según me ha informado el especialista en corrientes marinas del observatorio, antes de dos días el mar debe arrojar por aquel lado el cuerpo de Curt Piper.

—Descuide, *sheriff*. Tendré los ojos bien abiertos.

—Le deseo un buen viaje de regreso a Nueva York, señorita Anders.

—Es usted muy amable, *sheriff*.

—Si alguna vez me necesita para algo, ya sabe que me tiene a su disposición. —Le mandaré un muerto por Navidad, *sheriff*.

—Póngale mucho hielo. En esas fechas por aquí hace mucho calor. Suerte —el *sheriff* hizo un saludo con la mano y salió del *bungalow*.

—Qué simpático —dijo Ruth con sarcasmo.

—Ha cambiado de humor. ¿Por qué?

—¿Qué le hace suponer que he cambiado, señor Wells?

—Se muestra irónica, demasiado irónica diría yo.

—¿Qué otra posición puedo adoptar después de cómo se comportan ustedes conmigo? —¿Nosotros?

—Usted y el *sheriff*. Parece que tienen mucho interés en apartarme de su camino.

—¿Qué le va por la cabeza, señorita Anders?

—Escribí hace algún tiempo un guión en el que el *sheriff* era el malo.

—Y el dueño de una lancha con motor fuera borda era su cómplice.

—Inteligente, señor Wells. ¿Cómo lo ha acertado?

—A veces me zumba el oído izquierdo.

—Muy ingenioso.

La joven fue a tomar las valijas, pero Tom se le adelantó.

Salieron del *bungalow*.

Tom metió las valijas en el portaequipajes. Se sentó junto a Ruth que ya se había puesto frente al volante y fueron a la oficina.

—¿Necesita cerciorarse de que cancelo mi cuenta, señor Wells?

—Oh, no, de ninguna forma, señorita Anders. Sé que se marcha para no volver en algún tiempo.

La joven saltó del coche y entró en la oficina.

Anthony estaba al otro lado del escritorio.

—Siento mucho que se vaya, señorita Anders.

—¿Lo sabes ya?

—Me lo comunicó el señor Wells.

Ruth sintió una sorda indignación contra Tom, pero se le pasó al recordar la carta que había recibido por debajo de la puerta. Dio un suspiro.

—La vida es así, Anthony. No te fíes nunca de los que se dicen tus amigos.

—Tiene razón, señorita Anders. No hay derecho a que Wells haya hecho eso con usted. Aunque no lo crea, la voy a echar de menos. La verdad es que me resultó simpática desde que llegó.

—Gracias, Anthony; también me has sido muy simpático a mí. Además, no creo que esto sea una despedida. Nos volveremos a ver y quizá sea muy pronto.

—Ojalá acierte, señorita Anders. Será bien recibida en El Pinar

—a continuación, Anthony le dio su cuenta y Ruth la abonó.

Se estrecharon la mano sonriendo y la joven salió de la oficina.

Vio que Tom se había recostado en el asiento. Ocupó el volante e hizo arrancar el coche bruscamente.

—¡Eh, tenga cuidado o me romperá la columna vertebral! —exclamó Tom.

—No tendré esa suerte —dijo ella.

El vehículo fue aumentando gradualmente la velocidad.

—Debo recordarle que no está tomando parte en ninguna competición, señorita Anders.

La respuesta de ella fue hundir más el pie en el acelerador.

Pasaron por la carretera que bordeaba Port Ville, a más de ciento cincuenta. Por fortuna para Ruth, no se cruzaron en el camino con ningún agente de tráfico.

—¡Eh, pare! —gritó él—. ¿O es que me quiere llevar también a Nueva York?

Ruth detuvo el coche con un fuerte chirrido de neumáticos y miró sonriente a Tom.

—Está un poco pálido, señor Wells.

—Y usted está chiflada. Lo de menos es que usted se matase, sino que pueda matar a alguien.

—Soy una buena conductora.

—Las calderas del infierno están llenas de personas que se creyeron ases del volante. —Perdón, excelencia. La próxima vez que lo lleve de paquete iré a cuarenta por hora—. Espero que no haya una próxima vez —repuso Tom. Y saltó del coche.

Entonces Ruth le hizo un saludo con la mano y puso otra vez en marcha el vehículo. —¡Dele mis recuerdos al *sheriff*! —gritó.

Tom no dijo nada. Se quedó en la carretera viendo cómo el coche se alejaba cada vez más rápido.

CAPÍTULO VIII

Ruth vio el cartel que había sobre la construcción de ladrillo rojo: «Harvey Motel».

Después de descender del coche empujó una puerta acristalada.

Encontróse en una estancia con un registro a la derecha. En el centro del techo evolucionaba un enorme ventilador.

No había nadie a la vista y la joven se acercó al tablero apretando el timbre.

Abriéronse unas cortinas de canutillo y apareció un tipo gordo que se cubría con una camisa verdosa llena de manchones de sudor a la altura del pecho. Frisaba en los cincuenta años y era de cara ancha, ojos pequeños y nariz ganchuda. Se hacía aire con un abanico femenino.

—Bienvenida, señorita.

—Deseo un apartamento.

—Muy bien. ¿Quiere rellenar la hoja?

Ruth utilizó un bolígrafo del escritorio para escribir su nombre, profesión y demás datos que exigía el formulario.

Cuando hubo terminado, el hombre atrajo hacia sí el libro y, sin alzar la vista, preguntó:

—¿Cuánto tiempo va a estar, señorita Anders?

—Es posible que me quede unos días.

—Soy Harvey, el dueño. En cada cabaña hay un hornillo eléctrico. Por favor, no encienda la chimenea. También le agradeceré que no tire las colillas fuera de los ceniceros. Hay cinco en cada cabaña.

—Lo tendré en cuenta, señor Harvey.

Harvey tomó una llave del casillero que había en la pared y se la entregó a la joven.

—Perdone, señorita Anders, pero no puedo enviarle ningún empleado para que le ayude a descargar el equipaje. El último se

me marchó la semana pasada. Imagínese, le aumenté tres veces el sueldo en cinco años y quería otra subida. No sé dónde vamos a parar... Todo el mundo quiere ganar más... Hasta el Estado.

La joven tomó la llave sin hacer comentario alguno y salió de la oficina.

Poco después tomaba posesión de la cabaña número ocho.

No tenía peor aspecto que el *bungalow* que le había sido destinado en El Pinar, y contaba con un buen cuarto de baño.

Tomó una ducha y luego se cubrió con *shorts* y una blusa verde y decidió destinar las próximas horas a descabezar el sueño del que estaba necesitada.

No tardó mucho en dormirse.

De pronto despertó con la extraña sensación de que no se encontraba sola.

Quedó sentada en la cama y estuvo a punto de lanzar un grito al ver al hombre que se encontraba en el rincón derecho del dormitorio.

—No grite, señorita Anders.

Ruth no gritó. Quedóse mirando a su visitante. Era un tipo de cabello rubio, mediana estatura y ojos saltones. Se cubría con un traje muy claro, camisa marrón y corbata blanca.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Para Phil Bristh no existen puertas inviolables.

—¿A qué debo el honor de su visita, señor Bristh?

El rubio hizo una inclinación.

—Celebro conocerla, señorita Anders, y me alegro mucho de que haya atendido el deseo de mi carta.

—¿Usted...? ¿Usted me envió la carta?

—Sí, soy el hombre que la invitó a que se llegase a este motel.

—¿Por qué?

El rubio la miró unos instantes con los ojos entornados y luego se echó a reír.

—Eso es muy gracioso, señorita Anders.

—¿Por qué lo encuentra gracioso?

—Usted sabe perfectamente por qué la cité en este lugar.

—Yo le aseguro que...

La sonrisa de Phil Bristh se convirtió en hielo.

—No me gustaría que jugase al ratón y al gato, señorita Anders.

Al final de mi carta decía bien a las claras cuál era mi identidad: Un amigo de Keenan.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Ahí lo tiene todo. De modo que no hace falta que se ande con rodeos.

Ruth no entendía nada de aquello. Tenía la impresión de que se encontraba envuelta en una tela de araña que, de segundo en segundo, se hacía más espesa.

—Usted dirá, señor Bristh.

—Deme lo que le entregó Keenan.

—¿Lo que me dio Keenan...?

—Por favor, señorita Anders, no podemos perder el tiempo.

—Lo siento, señor Bristh, pero debo comunicarle una mala noticia.

—No me diga que se lo han quitado, que lo perdió.

—No me lo han quitado ni perdí nada, señor Bristh. —Entonces, suéltelo.

—El señor Keenan no me dio nada.

—¿Cómo?

—Nada, señor Bristh, se lo aseguro...

—Debo advertirle, señorita Anders, que poseo un mal sentido del humor.

—No he pretendido hacer un chiste.

—Usted tiene lo que a mí me interesa.

—Oh, no.

—Keenan se lo dio.

—Le repito que está equivocado.

—Equivocado, ¿eh? —Phil metió la mano en el bolsillo y sacó una carta que arrojó sobre el regazo de la joven.

Esta extrajo un papel del sobre en el que leyó:

«Querido Bristh. Has de ponerte en contacto con la señorita Anders. Es mi vecina de *bungalow*. He pasado a ella la mercancía y, por tanto, a partir de ahora, ella es la depositaria. No veo las cosas muy claras. Me persiguen y quizá me ocurra lo peor. Si salvo la piel nos veremos donde tú ya sabes y en la fecha convenida».

La firma era una N. y una K. No había fecha.

—¿Necesita leerla otra vez? —Oyó que le preguntaba el rubio.

—He quedado perfectamente enterada, señor Bristh.

—Bueno, entonces sobran ya las palabras. Ahí lo dice bien claro. Keenan la hizo a usted la depositaria. Usted me da ahora la mercancía y, a cambio de su trabajo, va a recibir un buen manojo de billetes.

El rubio metió la mano en el bolsillo y sacó un grueso fajo.

—¿Sabe cuánto hay aquí, señorita Anders?

—No.

—Mil dólares. Serán todos suyos —sonrió de nuevo—. Para que vea que nosotros sabemos pagar bien un favor.

—Señor Bristh, ya sé que esta carta está en contradicción con mis palabras, pero lamento mucho tener que decirle que lo que le dice el señor Keenan no es cierto. Bristh no contestó nada, pero sus ojos brillaron con más intensidad.

—Se lo juro, señor Bristh. El señor Keenan no me dio nada.

—Oiga, nena, me alojé en la cabaña número cuatro de este mismo motel. Llevo aquí esperando dos días. Soy responsable ante otras personas de lo que yo haga. ¿Lo va entendiendo? Si no entrego la mercancía me rebanarán el cuello. Eso es lo que harán conmigo. ¿Se va dando cuenta?

—Sí, señor.

—No puedo presentarme a ellos con las manos vacías y decirles: «Perdonen, caballeros, pero el negocio se fue al infierno». No, nena. No puedo hacer tal cosa. Si a mí me van a rebanar el cuello, lo haré antes con otro, el de usted.

La habían tomado con su cuello.

Nuevamente se encontraba en una peligrosa situación, y ahora estaba segura de que no surgiría Tom Wells para sacarla del apuro.

Echó de menos al joven rubio y lamentó no haberle puesto al corriente de la carta. Es posible que Tom la hubiese acompañado hasta allí, y los dos juntos, hubiesen tenido más probabilidades de llegar al fondo del misterio.

El rubio abrió un armario y sacó las dos valijas. Abrió una de ellas y volcó su contenido en el suelo.

—¿Eh, qué hace?

Bristh se puso a pegar patadas a las prendas, separándolas unas de otras.

Exasperado, tomó la otra valija e hizo lo mismo que con la primera, esparciendo su contenido. Luego sacó un cuchillo y Ruth lanzó un grito.

Bristh le dirigió una amenazadora mirada.

—Abra otra vez la boca y me la cargo.

—Me callaré, señor Bristh.

El rubio se puso en cuclillas y atacó con furia vesánica una de las valijas, destrozándola en pocos segundos.

Ruth se deslizó de la cama poniendo los pies en el suelo.

Bristh atacó enfurecido la otra valija.

Entonces Ruth echó a correr, abrió la puerta de un tirón encaminándose hacia la salida mientras lanzaba un aullido.

—¡Quédese ahí! —oyó gritar al rubio.

La joven salió del *bungalow* y saltó los peldaños de la escalera, echando a correr hacia la oficina de Harvey sin dejar de pegar gritos.

El gordo Harvey salió parsimoniosamente por el hueco de la oficina. La joven se le echó encima.

—¡Hay un hombre en mi cabaña! ¡Me va a matar!

Harvey se echó a reír.

—¿Qué dice, señorita Anders? Aquí no ocurren esas cosas.

—¡Se lo aseguro! ¡Es un asesino!

—Tranquílcese, señorita Anders. Debe haber soñado...

—Estaba durmiendo y él me despertó.

—Es lo que usted soñó.

—No me cree, ¿eh, señor Harvey? Está bien, acompáñeme, pero atrape antes una pistola.

—Muy bien. Espere un instante.

Harvey entró en la oficina y Ruth quedó en la puerta mirando hacia su cabaña, pero no vio al rubio.

Harvey invirtió más de tres minutos en reaparecer con un revólver en la mano.

—Veamos ese fantasma, señorita Anders.

—No es un fantasma, sino un hombre de carne y hueso.

—Si es así, le meteré una bala en su obsequio, señorita.

Ella se sintió irritada porque Harvey no hablaba en serio. Lo hacía en tono burlón. Llegaron a la cabaña. La puerta estaba entreabierta.

Harvey la precedió pasando al interior. En el salón no había nadie.

—Bueno, ¿dónde está ese tipo?

—En el dormitorio.

La puerta del dormitorio, estaba cerrada. Harvey fue hacia allí, pero su revólver estaba apuntando al suelo.

—Cuidado, señor Harvey. El lo estará esperando. Tenía un cuchillo.

Pero Harvey abrió sin tomar muchas precauciones.

Ruth se quedó esperando oír el estampido o ver cómo salía un brazo por un lado con un cuchillo listo para hundirlo en el enorme cuerpo del dueño del motel.

No ocurrió ninguna de las dos cosas. Harvey se volvió sonriente.

—Bueno, parece que ya se ha esfumado.

La joven dio unos pasos y observó el interior de la habitación sorprendiéndose al no ver sus valijas ni la ropa que Bristh había esparcido por el cuarto.

—Eh, ¿dónde está lo mío?

—¿A qué se refiere, señorita Anders?

—Traje dos valijas.

—Imagino que las dejaría en el armario.

La joven entró en el dormitorio con precauciones, hasta que se cercioró de que Bristh ya no estaba allí. Entonces abrió los cajones, así como las estanterías de la parte superior. Allí no había nada.

—Se llevó toda mi ropa y las dos valijas que destrozó...

Harvey la miró atentamente, la barbilla hundida en el pecho.

—Ya, se llevó su vestimenta... Quizá fue atacada por un ropavejero.

—Sólo le he contado la verdad.

—Usted no trajo equipaje, señorita Anders.

—¿Cómo?

—Seguramente lo dejó en alguna parte.

—Traía dos valijas conmigo —ahora se alegraba de haber dejado la portátil en el coche.

—Oiga, señorita Anders. Soy dueño del motel desde hace siete años, y en todo ese tiempo a nadie le han robado sus pertenencias.

Ruth recordó algo e hizo chasquear los dedos.

—¡El ladrón es huésped suyo, señor Harvey!

—No me diga.

—Su nombre es Phil Bristh y se hospeda en la cabaña número cuatro. Es rabio, de ojos saltones. Se cubre con traje gris claro, camisa marrón y corbata blanca.

Harvey movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Lo siento, pero no puedo darle la razón, señorita Anders. La cabaña número cuatro está ocupada por un hombre cuyo nombre es William Bates y es alto, moreno, de ojos negros. Le aseguro que el señor Bates sería incapaz de cubrirse con esa indumentaria con que usted ha vestido a su agresor.

—Quiero comprobarlo.

—¿Eh?

—Quiero conocer al huésped de la cabaña número cuatro.

—Me duele mucho que no tenga confianza en mí, señorita Anders. Si me conociese mejor, sabría que yo nunca miento, pero de todas formas no quiero que piense ni por un momento, que es objeto de una confabulación. Sígame.

La joven fue tras de Harvey. Al llegar ante la cabaña número cuatro, Harvey oprimió el botón.

Oyéronse pasos en el interior y la puerta fue abierta.

Ruth vio en el marco la figura de un hombre alto, moreno, de ojos negros, que se cubría con un traje oscuro.

—Perdone que le moleste, señor Bates, pero una de mis clientes, la señorita Anders, perdió un broche esta mañana, y pensé que usted podría haberlo encontrado.

—No, señor. No he encontrado nada —contestó el huésped de la cabaña número cuatro.

—Gracias, señor Bates.

Harvey y la joven caminaron de regreso al apartamento de la muchacha. Al pie del porche, Harvey se detuvo.

—¿Qué dice ahora, señorita Anders?

—Nada. Creo que no puedo decir nada.

—Si se encuentra mal, puedo llamar a un doctor.

—No, gracias. Me encuentro perfectamente bien.

Leyó en los ojos de Harvey la ironía que le producían aquellas palabras.

—Duerma, señorita Anders. Ya verá como cuando descanse se encuentra mucho mejor de los nervios.

La joven le hubiese querido replicar adecuadamente, pero se dijo que, tal como estaban las cosas, eso no serviría de nada.

Entró en la cabaña y cerró la puerta quedando apoyada en ella.

Su mente era un torbellino de ideas. ¿Adónde había ido Phil Bristh? ¿Por qué Keenan había dirigido aquella carta a Bristh anunciándole que ella, Ruth, era la depositaria de la mercancía? ¿De qué mercancía se trataba?

Se puso a pasear por la estancia y de repente, sintió un escalofrío al recordar las palabras del rubio: «Para Phil Bristh no existen puertas inviolables».

No podía quedarse allí.

Salió de la cabaña y se introdujo en el coche.

Abrió una de las gavetas del coche y vio que en el interior tenía cuatro dólares y cincuenta centavos.

Puso en marcha el vehículo, y al pasar por frente a la oficina de ladrillo rojo vio al gordo Harvey mirando a través de los cristales.

Un cartel en la carretera le anunció que se encontraba a seis millas de Tarpon Beach.

Estacionó el coche en un hueco que encontró en la acera y entró en un local llamado Mamie.

Fue derecha a la cabina telefónica y pidió una conferencia con la residencia El Pinar, en Port Ville. Al cabo de un par de minutos oyó la voz de Anthony.

La joven se dio a conocer.

—Señorita Anders, cuánto me alegro de oírla.

—Oye, Anthony quiero hablar con Tom Wells.

—No está aquí.

—Has de buscarle en seguida.

—Quizá pase un rato antes de que lo encuentre. Según tengo entendido, se fue esta mañana a la isla de San Patricio.

—Alquila una lancha, busca un mensajero, lo que sea. Escúchame bien. Estoy en un local de Tarpon Beach llamado Mamie. Me quedaré aquí hasta que Tom telefonee.

—De acuerdo, señorita Anders.

—Date prisa, Anthony.

—Descuide, ahora mismo me ocupo de buscar a Tom.

Los dos colgaron y Ruth salió de la cabina telefónica encaminándose al bar.

Subió a un taburete y acercósele por el otro lado un mozo muy apuesto.

Pidió un martini y empezó a beberlo a pequeñas dosis.

Tenía los ojos fijos en la puerta cuando vio entrar a un hombre muy alto. Lo acompañaba una pelirroja de físico llamativo. El llevaba un perro pequinés entre los brazos, al que acariciaba la cabeza con la diestra.

La pareja pasó por enfrente encaminándose a una mesa del fondo ante la que se sentaron.

Ruth se sintió invadida por una extraña sensación.

La cara de aquel hombre no le resultaba desconocida. Sin embargo, cuántos esfuerzos de memoria hacía para identificarle, le resultaban infructuosos. Lo miró otra vez. La pelirroja dijo algo y él rió suavemente.

Ruth estuvo a punto de dejar caer el martini en el suelo.

Tenía los ojos fijos en los labios del hombre, unos labios que se curvaban.

Aquel hombre era el que había acudido a la cita en Garden Park, el individuo de las gafas oscuras.

CAPÍTULO IX

No podía quedarse allí.

El hombre de las gafas oscuras podía verla de un momento a otro y, aunque eso no llegase a ocurrir, todo estaría perdido cuando Tom Wells la llamase por teléfono. Entonces vocearían su nombre...

Podía observarlo a través del espejo que había enfrente. Tenía el cabello de color castaño, la nariz aguileña.

Pagó un dólar por el martini y saltó del taburete encaminándose hacia la salida.

Montó en su coche y se sumergió en el tráfico, pero no fue muy lejos.

Estacionó junto a otro bar y, una vez dentro, fue también derecha a la cabina telefónica.

Transcurrió un espacio de tiempo más largo antes de que la pusiesen en comunicación con El Pinar de Port Ville, pero la voz que oyó no era la de Anthony.

—Oiga, ¿no está por ahí el señor Wells?

—No.

—¿Y Anthony?

—Tampoco.

—¿Quiere asomarse a la puerta a ver si los ve? Es urgente.

—Oiga ¿quién es usted?

—Por favor lléguese hasta el borde de la colina donde se ve el embarcadero. Necesito hablar urgentemente con Tom Wells. Soy la señorita Anders, que fue huésped de ustedes hasta ayer.

—De acuerdo. Espere.

Transcurrieron dos minutos.

—¿Qué le pasa, señorita Anders?

Era Tom Wells.

—Señor Wells, me encuentro en Tarpon Beach.

—Demasiado cerca de Port Ville.

—No haga chistes ahora. Intentaron asesinarme otra vez.

—Usted se lo habrá buscado.

—Green que yo tengo la mercancía.

—¿Qué mercancía?

—Keenan escribió a un tal Phil Bristh que yo era la depositaria del género, pero no tengo la más ligera idea de qué se trata. Y otra cosa, señor Wells...

—¿El qué?

—También he visto aquí al hombre de las gafas oscuras. —De pronto, Ruth se interrumpió aterrorizada. A través de los cristales de la cabina había visto entrar en el bar al rubio Phil.

—Continúe Ruth. ¿Dónde vio a ese hombre?

—No puedo continuar, Tom.

—¿Por qué?

—Está aquí el asesino ese hombre llamado Bristh.

—¿La ha visto él?

No todavía no.

—¿Dónde tiene el coche?

—Muy cerca del bar.

—Entonces va a hacer lo que le diga.

—Sí, Tom.

—Salga sin precipitación de la cabina. Hágalo despacio, pero procure dar la espalda a ese tipo. Luego se dirige caminando sin prisa hacia la puerta. ¿Lo oye? Sin prisa. —No sé si podré.

—En cuanto corra, llamará la atención, y entonces se lanzará sobre usted. ¿Me oye bien?

—Sí, Tom.

—Ha de tener ánimo. Trate de imitar a la heroína de uno de sus guiones.

—¿Vendrá usted, Tom?

—Sí, ahora mismo me pondré en camino. En Tarpon Beach hay una calle que se llama Morrow. En el número 24 se ubica el restaurante de Luke Hull. Dígale a Luke que la envío yo.

—De acuerdo, Tom.

—No pierda más tiempo y recuérdelo. Serenidad sobre todo. Cuelgue ya y empiece a salir.

La joven dejó el auricular en la horquilla, pero se quedó quieta frotándose las manos, cuyas palmas sentía llenas de sudor.

Abrió la puerta de la cabina y salió con la mirada fija en el suelo.

No se entretuvo en cerrar y encaminóse hacia la salida andando lentamente. Vio por el rabillo del ojo al rubio. Estaba mirando a un lado y otro desde el bar. La distancia que le separaba de la puerta fue disminuyendo poco a poco. Sentía unos deseos enormes de echar a correr, pero recordaba las palabras de Tom. Tenía que hacerlo sin prisa, con serenidad.

De pronto lo vio reflejado en el cristal de la puerta. El rubio la había descubierto y se había puesto en movimiento hacia ella.

Se precipitó hacia la calle, y en aquel momento fue a entrar en el local un hombre muy gordo que cubría todo el hueco.

Ruth trató de colarse por un resquicio, pero el hombre se volvió en aquel instante, y casi estuvo a punto de derribarla con su enorme vientre.

La joven miró aterrorizada al rubio, que ahora corría mientras llevaba la mano al bolsillo.

Ruth tomó al hombre gordo por un brazo y lo empujó violentamente sobre Phil Bristh.

El rubio no pudo detener su impulso y los dos hombres tropezaron derrumbándose trabados en el suelo.

Ruth salió a la calle y se introdujo en su coche, ahogándose, porque apenas podía respirar.

Puso en marcha el motor e hizo girar bruscamente el volante apartándose de la acera.

Vio por el espejo retrovisor que el rubio salía del local.

Apretó el pedal del acelerador y su coche rugió dando un salto hacia adelante.

El rubio no pudo alcanzarla. Dio un suspiro de alivio, pero tenía que seguir aumentando su ventaja, porque ahora Bristh trataría de seguirla.

Dobló por una calle que vio más despejada de tráfico y la aguja del velocímetro fue saltando de los cincuenta a los sesenta, y luego a los setenta.

Dobló de nuevo por una avenida bordeada de álamos y se pudo considerar segura.

Poco después encontró a un agente al que preguntó por la calle Morrow. Recogió el informe y se dirigió hacia el restaurante de

Luke Hull.

El local estaba envuelto en una fresca penumbra muy agradable. Sólo unas cuantas mesas estaban ocupadas.

Se dirigió a un mozo.

—Quisiera hablar con el señor Hull.

—Lo siento, pero está durmiendo.

—¿Cuándo acostumbra a despertar?

—Dentro de un par de horas.

—Está bien, esperaré.

Pero no tenía ninguna intención de esperar. Vio el camino que seguía el camarero hacia la cocina. A la derecha había otro hueco cubierto por unas cortinas de plástico. Se abrió paso por entre ellas y oyó los ronquidos que llegaban por una puerta que había a la derecha. Empujó ésta y vio al hombre que se encontraba tendido en un diván. Podía tener unos cincuenta y cinco años y le quedaba muy poco pelo en la cabeza. Se cubría con camiseta y pantalones, cuyo cinturón estaba despasado.

Ruth oyó una voz a su espalda.

—Eh, nena, ahueca el ala si no quieres que te marque la cara.

Ruth vio a la mujer que le hablaba. Era una rubia madura que todavía resultaba bella y cuyo cuerpo estaba bien relleno.

—Perdone, vine a ver al señor Hull.

—Ya lo imagino. Tú y otras venís siempre a lo mismo, a ver al señor Hull.

—No la comprendo.

—Oh, un ángel entró en nuestra casa, un ángel que todavía no cayó en el lodazal —la voz de la mujer sonaba como la de una actriz de fin de siglo que interpretase un papel de folletín lacrimoso.

—¿Quiere repetir eso, por favor? —dijo Ruth recordando que en los estudios de televisión, unos meses antes, había pasado grandes apuros para encontrar una artista que dominase el género.

Pero la rubia, en lugar de repetirlo, se dirigió a ella con ánimo de soltarle un zarpazo.

—¿Burlas a mí? Te voy a poner buena. Y lo primero que vas a perder es el pelo. Ruth retrocedió hacia la pared.

—No me toque o se la gana, señora.

Se le echó encima, pero Ruth la atrapó por el cuello y la volteó en el aire.

La propia rubia tuvo que darse impulso para evitar que la joven le quebrase un hueso. Dio con las posaderas en el suelo y lanzó un aullido de dolor.

Hull saltó como si se hubiese sentado sobre un hornillo eléctrico.

—¿Qué pasa aquí, Yvonne?

Yvonne se levantó preparándose para el desquite.

Hull se rascó el cogote mirando a Ruth.

—Caramba, hacía tiempo que no veía una cosa igual.

—Visto y no visto, Luke —dijo Yvonne—. Va a desaparecer del mapa.

—Señor Hull, me envía Tom Wells —explicó Ruth.

La rubia había cerrado el puño y lo iba a enviar sobre Ruth cuando Luke saltó entre ellas y la detuvo.

—Cuidado, Yvonne. Se acabó la pelea, es una amiga.

—¿Qué amiga?

—¿Es que no lo has oído? La envía Tom Wells.

—Tom Wells —repitió ella—. Siempre el mismo truco. Ese Tom Wells no hace más que enviarte el mismo género.

—Eh, ¿qué quiere decir con eso? —exclamó Ruth.

—Yo sé lo que me digo —repuso Yvonne, sonriendo ladinamente.

—¿Qué le pasa al bueno de Tom? —preguntó Luke.

—A él no le pasa nada —contestó Ruth—. Sólo a mí me quieren asesinar.

Luke abrió la boca, pero no dijo nada, e Yvonne desfrunció el entrecejo.

—Tom se ha puesto en camino para llegar aquí cuanto antes —prosiguió Ruth.

—No le creo una palabra —opuso la rubia—. Es otra protegida de Tom.

—Oiga, señora, tiene usted la lengua muy larga. Efectivamente, Tom Wells me está protegiendo, pero no en el sentido que usted cree.

—Anda, Yvonne, date una vuelta por la cocina —intervino Luke—. Huelo a quemado.

—Yo lo huelo desde hace un rato y no ha sido precisamente en la cocina.

Luke tomó a Yvonne por el brazo.

—Anda, rica, luego te lo contaré todo. Sé buena con tu patrón — la impulsó hacia la puerta propinándole una palmada en la cadera.

Yvonne pegó un grito, pero antes de salir fulminó con la mirada a la joven.

—No me lo toque, ángel.

Cuando hubo desaparecido, Luke Hull se frotó las manos.

—No le haga caso. Es muy celosa. Por eso me casé con ella. Antes me preocupaba siempre por el dinero. Ahora sólo me toca preocuparme por las mujeres.

—Luke, ¿hace tiempo que está usted en esta ciudad?

—Se puede decir que soy de los fundadores. Llegué aquí cuando esto tenía unos doscientos habitantes. Hoy existe una comunidad de quince mil, a la que hay que agregar en plena temporada unos cien mil turistas.

—¿Conoce el local llamado Mamie?

—Sí.

—¿Quién es el dueño?

—Mamie la Rojiza.

—¿Cómo es ella?

—Una mujer de una vez. Algo así como usted, pero con más cuentos que Scherezade.

—¿Casada?

—¿Mamie casada...? Eso sería el chiste del año en Tarpon Beach.

—Tendrá amigos...

—Uno por temporada, aunque hay quien le ha durado más.

—¿Cuál es el actual?

—Un tipo del Oeste llamado Allan Bromfield.

—¿Lo conoce?

—Personalmente no he intercambiado una sola palabra con él, pero lo he visto algunas veces.

—¿Cómo es?

—Alto, cabello castaño, nariz aguileña...

Ruth sintió un escalofrío. Luke estaba describiendo perfectamente al hombre de las gafas oscuras. Así, pues, ya sabía su nombre, Allan Bromfield.

—¿A qué se dedica Bromfield?

—Lo ignoro, aunque no me extrañaría que fuese un tahúr o

alguna cosa parecida.

—¿Qué clase de reputación tiene el local de Mamie?

—La Rojiza sabe bandearse bien con las autoridades. Tiene buena mano izquierda. Cuenta entre sus clientes al propio gobernador del Estado, a dos senadores y a la mayor parte de los alcaldes y concejales de las ciudades del condado. Un periodista local dijo el año pasado que Mamie llegaría tan lejos como se hubiese propuesto, y hay quien dice que Mamie se ha propuesto conquistar la luna.

—¿Ha oído hablar de un hombre llamado Glenn Risso?

—No.

—¿Phil Brith?

—Tampoco... ¿Tiene algo que ver con Mamie?

—No lo sé.

—Es usted muy misteriosa, señorita Anders, pero sabe arreglárselas muy bien para sacar información sin dar ninguna a cambio. ¿Por qué la quieren matar?

—Es posible que usted no lo crea, pero no conozco el motivo.

Luke se rascó otra vez la cabeza.

—Bueno, en ese caso será mejor que no me lo cuente.

—Le aseguro que no estoy loca.

—No, no creo que lo esté, pero siempre me he apartado de las cosas complicadas. Ya tengo bastante con las que me proporciona Yvonne, cada vez que echo una mirada a una chica bonita.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Supongo que querrá comer algo y descansar.

—Se lo agradecería mucho. La verdad es que estoy hambrienta y también necesito dormir un poco.

—No se preocupe. Yo me encargo de eso.

Cuando la joven hubo comido, miró a Luke que estaba tendido en el diván fumando un grueso cigarro.

—¿Hace mucho tiempo que conoce a Tom Wells, Luke?

—Se puede decir que fui el padre que no tuvo.

—Me parece un extraño muchacho.

—Sí, a todas se lo parece.

—Yvonne se refirió a que les envía con frecuencia chicas.

—Sí, es cierto. Envía a toda muchacha que está necesitada de que le echen una mano. Casi siempre las empleo aquí como

camareras y luego ya depende de ellas seguir un buen camino. Algunas de ellas se casaron bien, con gente de paso que contaba con una buena bolsa. A otras les aburre servir las mesas y prefieren un género de vida un poco más divertido. Usted ya me entiende. Pero, de todas formas, Tom Wells sigue haciendo favores.

—¿Por qué se dedica él a vivir en un lugar tan solitario como Port Ville y la isla de San Patricio?

—Sólo está allí temporalmente. Necesitaba un poco de reposo. Cualquiera día se cansará de aquello y lo veremos otra vez en la gran ciudad. Tom es una de esas personas de las que no se puede predecir lo que harán al día siguiente.

Luke señaló una puerta que había al fondo.

—Ahí tiene su dormitorio. Duerma. Se le están cerrando los ojos.

La joven le dio las gracias con una sonrisa y entró en aquella habitación. Se echó sobre el lecho tal como estaba, con los *Short* y la blusa, y no tardó un minuto en dormirse.

Sonó que estaba otra vez en los doce años. Ella y otras amigas cantaban dando palmas, pero era curioso. No escuchaba la canción. Era como la escena de un filme mudo. Ella que estaba en medio de la fila trataba de hacerse escuchar, pero no lo conseguía.

Despertó bañada en sudor.

—Hola, Ruth —dijo una voz.

Era Tom quién estaba sentado en una silla a un lado de la cama.

—¿Cuándo llegó, Tom?

—Hace media hora, pero no quise despertarla.

—Gracias por haber venido.

Wells dio una chupada al cigarrillo que sostenía con la diestra.

—La verdad es que nunca pasé mayor apuro cuando me dijo lo del asesino que estaba a punto de cazarla.

Ruth le contó el medio de que se había valido para desembarazarse de Phil Bristh, y ahora lo encontró tan gracioso que se echó a reír.

Tom lo encontró regocijante, como ella, y finalmente, los dos quedaron serios mirándose a los ojos.

—Bueno —dijo Tom—. Por lo visto está reunida aquí toda la pandilla, y eso quiere decir que es en Tarpon Beach donde va a tener lugar el final de la aventura.

—Pero ¿qué significa todo esto?

—Todavía no lo sé. Me he roto la cabeza dándole vueltas al mensaje que le dio ese Bromfield.

De pronto Ruth agrandó los ojos.

—¡Eso es! ¡La canción de mis sueños!

—¿A qué se refiere, Ruth?

—Soñé que estaba otra vez en la edad de los doce años. Yo cantaba con otras compañeras, pero no podía saber la canción. Es la que usted acaba de decir. El mensaje que me dio Bromfield.

—¿Una canción?

—Hay millares de niños que la han cantado, especialmente en el Norte, en la zona de Nueva York... Óigala completa: «La olla está en el fuego. El agua hervirá con la luna llena». Eso es lo que dice el coro. De pronto, una de las niñas pregunta: «¿Quién la sacará?». Y otra vez el coro, al tiempo que pega una fuerte palmada, contesta: «Mamie será».

—«¿Quién la sacará? Mamie será» —repitió Tom—. ¡Mamie la Rojiza!

—Es la misma idea que he tenido yo. Fue en el local de Mamie donde vi al hombre de las gafas oscuras. Allan Bromfield. Si ése era el mensaje, ¿por qué el propio Bromfield se encuentra allí?

—Tendremos que esperar un poco para dar con la respuesta.

—Sólo existe un camino, Tom.

—¿Cuál?

—La policía.

—No. Ahora ya es demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Estamos muy complicados en esto. Silenciamos muchas cosas y, por otra parte, tengo malos informes respecto a los jefazos de policía de esta ciudad. Se ha sugerido varias veces que están sobornados por los gangsters que rigen los garitos de juego. No, Ruth. Hemos de solucionarlo por nuestros propios medios.

—Pero ¿qué se le ocurre?

—Todavía nada, pero ya se me ocurrirá.

En aquel instante penetró en la estancia Luke, seguido de Yvonne. Esta traía en la mano un vestido.

—Tome, ángel, le traigo algo para que cubra sus agradecidas piernas. Desde que está usted aquí, mi esposo me ha hablado cuatro veces de mi régimen de comidas. Menos mal que tenía a mano una

fotografía de cuando yo tenía su edad, y se ha quedado un poco más conforme.

Los hombres salieron e Yvonne se quedó a solas con la guionista.

—Ha de perdonarme por el recibimiento que le hice antes, Ruth.

—Está perdonada —sonrió ella.

—Tenía que hacer un poco de teatro.

—¿Teatro?

—A Luke le gusta que sea celosa, de modo que he de poner el grito en el cielo cada vez que viene una mujer. La de malos ratos que tiene una que pasar... A veces estoy tan cansada que me tumbaría en la cama pero tengo que lanzar un grito porque a él se le ha ocurrido mirar a una rubia descarada. De esa forma logré cazar a Luke. Hija mía, estaba cansada de ir por el mundo y echaba de menos la protección de un hombre.

Ruth se había metido tras un biombo y reía mientras se cambiaba de ropa.

—¿Qué tal le va con Tom Wells...? —preguntó Yvonne tranquilamente.

—¿Tom? Oh, nuestra amistad no nació bajo buenos auspicios, aunque ahora las relaciones han mejorado algo.

—Cácelo.

—¿Eh?

—Si se le escapa de la red es tonta.

—Yvonne, no vine a Florida en busca de un marido.

—Nadie va a un lugar determinado en busca de un marido. Sólo las estúpidas lo hacen. Se debe ir a divertirse, pero ha de estar siempre con la escopeta preparada. Se lo digo yo. Cuando menos se piensa, salta la pieza, y hay que disparar sin un pestaño. Le recomiendo una cosa. Haga lo mismo que yo. Que él se crea el cazador y usted la pobrecita paloma.

—Tendré en cuenta su filosofía... para cuando escriba un guión.

—Oh, sí, ya me habló Tom de eso mientras dormía. Guionista de la televisión... Eso quiere decir que tiene demasiado seso, y eso siempre es un defecto. Opérese y quítese la mitad.

Ruth salió del biombo y se miró en el espejo. El vestido le venía tan bien como si se lo hubiese comprado ella misma.

—Gracias por el modelo. Se lo pagaré más adelante. Ahora me quedé sin dinero.

—No se preocupe, ya habrá tiempo para cancelar esa cuenta. Tom y usted vendrán por aquí alguna vez.

La joven dio un suspiro.

—Oiga, Yvonne, Tom y yo sólo somos un hombre y una mujer que se han visto unidos por la fuerza de las circunstancias. Así empezó todo.

—Es posible que así empezase, pero ¿quién dice cómo puede acabar?

—Vayamos a ver a los hombres, pozo de soberbia —dijo Ruth.

Pero fuera sólo se encontraba Luke.

—¿Y Tom? —preguntó Ruth.

—Se tuvo que marchar.

—¿Adónde?

—No lo dijo, pero me recomendó que no la dejase salir de aquí.

—Está bien —dijo Ruth, y señaló el aparato de televisión—. ¿Quieren ponerlo en funcionamiento?

Yvonne dio vuelta a la llave del televisor.

—Yo me marchó, se ha llenado la sala —dijo Luke.

La rubia dio un suspiro cuando su marido hubo salido.

—Y yo tengo que ir detrás para hacer mi papel. ¿No se lo dije, Ruth? Sacrificio de toda mujer casada.

La joven ocupó un sillón.

En la pantalla apareció un locutor, diciendo:

—Señoras y caballeros: Ha llegado la aventura diaria del famoso detective el profesor Mambus que patrocina la fábrica de fideos de pastas de sopa «El Maná». Es un guión confeccionado por nuestra ilustre colaboradora Ruth Anders.

Ruth presenció y escuchó la aventura del profesor. Le pareció tan deleznable que se fue hundiendo poco a poco en el sillón. Jamás había visto un personaje tan espantosamente ridículo como aquel hijo de su cerebro.

Terminado el episodio, el locutor, muy sonriente, dijo:

—Ya saben ustedes que la propia señorita Anders atiende las cartas de sus admiradores.

Ruth empezó a considerar la posibilidad de enviarse a sí misma una bomba.

Se puso en pie y cerró el circuito.

—Eh, no debe hacer eso —dijo una voz a su espalda—. Ahora

viene mi episodio favorito, el del Far West.

Ruth se había vuelto y quedóse contemplando a los dos hombres que se encontraban allí. Creyó que el corazón se le iba a paralizar. Allí había dos hombres, y uno de ellos era Glenn Risso, el sujeto de los pómulos altos.

CAPÍTULO X

Ruth saltó hacia la puerta, pero Glenn Risso le interrumpió el paso mostrándole el cuchillo que la joven ya conocía.

—Quieta, nena, y será mejor que no pidas socorro. No venimos a matarte.

—¿Qué quieren?

—Vas a venir con nosotros.

—¿Adónde?

—A un lugar que te gustará. Hay piscina, bar y un montón de palmeras. Nosotros le llamamos El Paraíso.

—No me gusta. También estará la serpiente.

—¿La oyes, Bill? Ha hecho un chiste.

Bill rió a golpes, sin ninguna gana.

—Me gusta más cuando está callada. Qué tipo.

—Puerco —le espetó ella.

El llamado Bill exhibió un revólver de cañón aserrado.

—Vámonos, Glenn. Recuerda lo que dijo el jefe. Teníamos que damos prisa y llevarla sin ruido.

—Echa a andar, dulzura —ordenó Glenn.

—¿Y si no quiero?

Glenn levantó el brazo.

—De una sola cuchillada te hago la cirugía estética y te aseguro que vas a quedar muy mal. Es mi especialidad.

Ruth se dijo que debía obedecer. Ella se había metido en el lío. Si gritaba, Glenn podría llevar a cabo su amenaza. Y en caso de que Luke o Yvonne apareciesen por allí, sería peor, ya que aquellos dos tipos no vacilarían en eliminarlos.

—¿Por dónde han llegado? —preguntó.

—Por el mismo sitio que vamos a salir. Por la puerta trasera. Ése es el camino.

Estaba señalando una puerta que Bill había abierto. Bill era

pequeñajo, de grandes entradas en la frente, cabello muy corto. Su nariz estaba un poco torcida, y sus ojos decían a las claras la clase de asesino que era y, que después de matar a un tipo, no vacilaría en despojarle de sus zapatos, si éstos eran de su número.

Salieron a un callejón donde había un coche negro.

Bill se puso al volante y la joven y Glenn Risso ocuparon el asiento trasero.

—Adelante, Bill —dijo Glenn—. Al Paraíso.

Se dirigieron a las afueras de la ciudad y corrieron por una pista bien asfaltada. Luego Bill se apartó de aquella carretera, haciendo entrar el vehículo por un camino bordeado de naranjos.

Dos millas más allá pasaron por una arcada y Ruth vio un maravilloso jardín en donde crecía una lujuriente vegetación. A la izquierda había una enorme piscina.

Una rubia estaba de puntillas en un trampolín. Tres hombres en bañador la admiraban.

Bill detuvo el coche al pie de la escalinata.

Glenn Risso saltó fuera e invitó a la joven a que lo siguiese.

Algunos de los hombres que estaban en la piscina volvieron la cabeza porque habían oído llegar el coche, pero en seguida prestaron atención a la hermosa bañista que tras acreditar la pureza de sus líneas, se zambulló horriblemente mal, rompiendo el agua con el estómago.

Glenn tomó del brazo a Ruth y le hizo subir la escalera.

Bill los siguió emitiendo su risa tartamuda.

—Esa Kim, hasta haciendo el ridículo, resulta un bombón.

Entraron por un corredor y Risso abrió una pesada puerta.

La casa contaba con un buen sistema de aire refrigerado.

Ruth fue empujada por Glenn al interior de una amplia habitación.

Las ventanas estaban previstas de rejas y al fondo había una mesa y un hombre sentado en un sillón de alto respaldo. En la pared colgaba un cuadro donde estaba pintado otro hombre. El más feo de los dos era el de abajo, el de carne y hueso.

Debía estar por los cincuenta años y sus cejas eran espesas, la nariz hundida por el puente y levantada por la punta, mostrando los dos agujeros.

—¿Quién es usted?

—Oh, sí, perdone, debí presentarme antes. Soy Theodor Straker.

—¿Por qué me ha hecho traer aquí, señor Straker?

—Usted se ha convertido en una joven muy valiosa para mí.

—No me diga que me ponga un bañador y me arroje desde el trampolín. Sólo di saltos a la comba. Mi estilo de nadadora es tan malo como el de usted dando la bienvenida a sus visitantes.

Theodor rompió a reír alzando y bajando los hombros.

—Es usted muy simpática, señorita Anders. Me gusta que mis visitantes posean ingenio.

—¿Quizá porque no lo posee usted?

—Usted ya sabe que la naturaleza es compensatoria. Ella no me dio ingenio, pero me proporcionó otra cosa a cambio.

—Fealdad.

Las orejas de Theodor se pusieron rojas.

—Creo que no está facilitando el feliz desenlace de esta entrevista, señorita Anders.

—¿Por qué no empieza por explicarme el motivo por el que me ha secuestrado?

—Está bien. Quiero lo que le dio Keenan.

Ruth cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Otro con la misma canción.

—¿Cuánto le ofrecieron por la mercancía, señorita Anders?

—Mil dólares.

—Quiero ser generoso con usted. Yo le daré cinco mil.

Ruth decidió probar suerte.

—Voy a aceptar, señor Straker.

—Magnífico. Abre una botella de champaña, Glenn.

Glenn Risso se acercó al rincón donde se ubicaba el bar. Puso sobre el mostrador un cubo donde descansaba una botella.

Mientras tanto, Theodor Straker se puso en pie y, dando la vuelta a la mesa, acercóse a la joven.

—Sólo bebo champaña, señorita Anders. Es mi placer favorito aparte de las rubias —miró el cabello de ella—. Qué lástima que no lo sea usted.

—Qué lástima...

—Pero se podría teñir.

—El rubio no va con el color de mis ojos, señor Straker. Además, mía vea realizado el negocio con usted, iré al encuentro de un

hombre que me espera —dijo un suspiro—. Soy una romántica.

Se oyó un taponazo, y poco después Risso se acercó con las dos copas.

Straker alzó la suya.

—Brindo por su belleza, señorita Anders, y porque logre la felicidad con los cinco mil dólares y ese hombre que la espera.

—Es usted muy amable, señor Straker —dijo Ruth, y bebió un trago de su copa.

—Bueno, señorita Anders. Ahora sólo falta que nos diga dónde tiene la mercancía.

—Oh, sí, la mercancía... —la joven rió.

Los tres hombres la estaban mirando fijamente.

—¿Dónde, señorita Anders? —pregunto Straker.

—En mi coche.

—¿En su coche?

Ruth se había propuesto alargar su vida todo lo posible. Sus valijas habían sido destrozadas, la habían dejado sin ropa, pero aún conservaba el coche.

Straker miró a Glenn y a Bill.

—¿Dónde tiene el coche?

—Estacionado delante de ese restaurante de la calle Morrow donde buscó refugio —repuso Glenn.

—Estúpidos, ¿cómo no se os ocurrió traerla en él?

—Llevábamos el nuestro.

—Pudisteis dividiros.

—No se preocupe, jefe —dijo Glenn—. Ahora iremos por él.

—¡Quiero que os mováis rápido!

Glenn y Bill hicieron gestos afirmativos y salieron de la estancia precipitadamente. Los labios de Straker esbozaron una sonrisa observando otra vez la bonita cara de la joven.

—¿Cómo se las arregló para que Keenan confiase en usted?

—Oh, sí, perdone. Las posee usted y en abundancia.

—¿No me reconoce dotes persuasivas, señor Straker?

—Gracias. Quisiera hacerle una pregunta, señor Straker.

—Hágala.

—¿Cómo supieron que yo tenía la mercancía?

—Risso hizo cantar a Keenan antes de acabar con él.

—¿Y qué le dijo Keenan?

—Que usted tenía lo que a nosotros nos interesaba, Después de matar a Keenan, Glenn tuvo miedo de regresar a El Pinar, porque usted lo había visto.

—Hubo un hombre que me golpeó en el *bungalow* de Keenan.

—Fue el bueno de Bill, el hombre que acompaña a Glenn. Trabajaban separadamente, y después del fracaso de ambos decidí que operasen juntos. Como ve, ha dado mejores resultados.

—¿Un poco más de champaña, señor Straker?

—Desde luego, señorita Anders.

Theodor fue por la botella y escanció en la copa de Ruth que estaba vacía.

La joven le arrojó a los ojos su contenido y echó a correr hacia la puerta.

Un hombre estaba sentado en una silla y fue a levantarse, pero Ruth le soltó un empujón en el pecho haciéndolo caer en el suelo.

Siguió corriendo hacia la salida de la casa, pero en ese momento un hombre muy fornido apareció allí, cubriendo casi todo el hueco. Tenía una pistola en la mano.

—¿Dónde vas con tanta prisa, monada?

La joven se detuvo bruscamente.

—Déjeme que salga o les complicaré la vida. Soy Ruth Anders, guionista de la televisión. Pertenezco a una de las compañías más poderosas del país.

Oyó una carcajada a sus espaldas. Era Straker que, en la puerta de la habitación, se limpiaba con un pañuelo el champaña que Ruth le había tirado a la cara.

—Usted me interrumpió antes cuando le dije que la naturaleza me había compensado por mi falta de ingenio. Me dio la astucia, señorita Anders.

Los ojos de Straker se convirtieron en dos rendijas fosforescentes.

—Señor Straker, sus hombres le van a traer lo que usted desea. Deme los cinco mil dólares y déjeme marchar.

—No sea ingenua, señorita Anders. ¿Cree que puedo hacer eso? Vamos a ventilar una operación mercantil.

Entre usted y yo tiene que haber un cambio. Género por dinero. Tráela aquí, Elmer. Elmer, el hombre fornido que había interrumpido la huida de Ruth, pegó un empujón a la joven.

Straker hizo una inclinación.

—Disculpe los modales de mis hombres. Ellos no han recibido mi educación.

—¿De qué le sirvió a usted, señor Straker?

La joven entró en la estancia y ocupó un sillón junto a una de las ventanas enrejadas y se entretuvo en mirar a la piscina en donde la rubia insistía en arrojarle desde el trampolín.

Straker se sentó en el sillón de alto respaldo que había bajo el cuadro y Ruth observó al hombre que estaba pintado. Poseía cabello blanco y se cubría con una chaqueta de marino.

—¿Quién es?

—No lo sé. Alquilé la villa con todo el mobiliario, aunque debo decirle que a tres o cuatro personas que pasaron por aquí lo presenté como mi abuelo el Comodoro. Le aseguro que logré un gran éxito.

—Suponga una cosa, señor Straker.

—¿Qué es lo que debo suponer?

—Que le he engañado.

El rostro de Straker se tornó pálido.

—¿Qué dice, señorita Anders?

—La mercancía no está en el coche.

—Si fuese así, lo iba a lamentar mucho.

—La escondí en otra parte.

—¿Dónde?

—En Port Ville.

—¿Cuándo?

—Antes de salir de allí.

—¿Por qué había de hacer tal cosa?

—Iba demasiada gente tras de mí. Keenan había muerto. A usted mismo se le hubiese ocurrido pensar que llevarla consigo significaría la muerte segura.

Straker pegó un puñetazo en la mesa poniéndose en pie de un salto.

—Señorita Anders, ha agotado mi paciencia.

—Tómeselo con calma.

—Creo que se va a arrepentir de esto. Pensé que la convencería sin necesidad de echar mano a ciertos procedimientos que me repugnan.

—Oh, sí, señor Straker. Olvidaba que usted posee una refinada educación.

—¿Nos va a decir definitivamente cuál es su escondite?

—No.

—En tal caso, me temo que va a sufrir mucho, señorita Anders.

—No le aconsejo que me ponga la mano encima, señor Straker.

—No se preocupe. Soy partidario de la división de trabajo, y hay cosas que yo no me atrevería a hacer. Yo no le pondré la mano encima, señorita Anders. Serán otros los que se ocupen de eso.

Straker tomó una campanilla que agitó en el aire.

Por el hueco de la puerta apareció el fornido Elmer, quien quedó inmóvil, con las cejas enarcadas.

—La señorita Anders nos ha engañado, Elmer.

El recién llegado miró a la joven haciendo una mueca con la cara.

—Es muy lamentable, señor Straker, muy lamentable...

—¿Quién hay en el garaje?

—Leslie y Nicky.

—Llévasela a ellos y que se encarguen de hacerla hablar.

—Sí, señor Straker.

De pronto se oyó fuera los neumáticos de un coche.

—Ésos deben ser Glenn y Bill —dijo Elmer.

—No hace falta que los esperemos: Vienen con las manos vacías. El coche de la señorita Anders no contiene nada que nos interese. Es en Port Ville donde dejó depositado lo de Keenan.

Oyéronse pasos fuera y Glenn y Bill entraron en la estancia. Glenn portaba un grueso paquete envuelto en papel fuerte y anudado.

—Aquí está, jefe.

—¿Eh?

—Nos costó un poco de trabajo localizarlo. Lo había colocado bajo el chasis.

Ruth estaba más asombrada que Straker.

—¿Lo habéis abierto, Glenn? —preguntó Straker.

—Sí, jefe —sonrió el hombre de los pómulos altos—. Quise verlo con mis propios ojos... Es una maravilla, jefe. Aquí está la mercancía de Keenan.

CAPÍTULO XI

—Trae eso acá, Risso —ordenó Straker.

—Contemple esta obra de arte, jefe. Vale la pena.

Glenn pasó junto a la joven y acercóse a la mesa donde dejó el paquete que se puso a deshacer.

Straker se mojó ávidamente los labios con la lengua.

—Date prisa, Glenn.

—Ya me la doy, jefe.

—Debiste cortar las cuerdas.

Risso abrió el paquete y Ruth vio dos planchas rectangulares.

Straker tomó entre sus manos una, y la joven se acercó para ver la figura que había allí. Entonces supo lo que eran. Planchas que correspondían a un billete de a cien dólares. La plancha del anverso era la que sostenía Straker, y la del reverso había quedado sobre la mesa.

—Una maravilla —dijo Straker—. Una auténtica maravilla. No había visto en toda mi vida algo igual. Y te lo puedo asegurar yo, Glenn, que he visto docenas de planchas de billetes de a cien.

Straker metió una mano en el bolsillo y sacó una poderosa lupa que empezó a pasar detenidamente por la plancha que sometía a examen.

—Perfecta...

De pronto se oyó una voz desde la puerta.

—¿Me dejas echar una ojeada, Straker?

Straker y sus hombres se volvieron bruscamente, algunos de ellos llevando la mano a la axila para sacar el arma, pero todos ellos quedaron quietos al ver a los tres hombres que había allí con pistolas.

Ruth se quedó perpleja al descubrir que el tipo que estaba en medio era el hombre de las gafas oscuras, Allan Bromfield, y el que estaba más cerca de la puerta, Phil Bristh.

—Maldita sea... ¿Cómo habéis logrado entrar?

—Utilizando tu arma favorita, Straker. La astucia —repuso Bromfield con una sonrisa.

Straker miró por una de las rejas a la piscina, y vio a los hombres y mujeres que estaban allí con las manos en alto, sometidos también a la amenaza de dos hombres que empuñaban armas.

—Un buen golpe, ¿eh, Bromfield?

—¿Pensaste que te dejaría que me sacases ventaja en este negocio? Son muchos los años que nos conocemos, Straker. Bebiste tenerlo en cuenta y dedicarte a otra cosa.

—Bueno, Bromfield, creo que debemos ser sensatos por ambas partes.

Bromfield se echó a reír.

—Vaya, el gran Straker me va a hacer una oferta.

—Y yo diría que te va a gustar.

—No pierdo el tiempo con escuchar, ¿verdad, muchachos?

Los muchachos, Phil Bristh y el otro tipo, sacudieron la cabeza en sentido afirmativo. Parecían muy divertidos con aquella escena.

La joven permanecía inmóvil no perdiendo una sílaba de cuanto se decía allí. Por primera vez en su vida tenía oportunidad de conocer cómo hablaban realmente los verdaderos delincuentes.

—Está bien, Straker —dijo Bromfield—. Te escucho.

—Aquí tenemos las planchas fabricadas por Walter Mahoney. Una auténtica obra de arte, pero sabes muy bien que eso no es suficiente, Allan.

—No. No lo es.

—Hay que contar con el papel y especialmente con las tintas.

—El papel es fácil de conseguir, Straker. Está al alcance de cualquiera que sea un profesional como nosotros.

—Pero admites que lo de las tintas es difícil, ¿no es así, Allan?

—Sí, desde luego. Quizá tan difícil como lo de las planchas, aunque hacer las planchas sea mucho más meritorio.

—Tengo un especialista en tintas. El mejor, Allan.

—¿Quién?

—No te lo puedo decir.

—Lo comprendo, Straker, lo comprendo...

—Yo creo que podemos formar una bonita sociedad, Allan.

—Sé por dónde vas. Yo pongo las planchas y tú el especialista en tintas.

—También estoy dispuesto a hacer el sacrificio de poner el papel.

—Siempre has sido un tipo muy sacrificado, Straker.

—Juntos formaremos algo sólido, algo indescriptible. Nadie podrá con nosotros. Allan. —Yo he podido contigo.

—¿Es que no vas a aceptar mi oferta, Allan?

—No, Straker. No la voy a aceptar.

—¿Por qué no?

—Te daré unas cuantas razones. En primer lugar, tengo las planchas en mi poder, las mejores planchas que jamás se hayan podido hacer de un billete de cien dólares. En segundo término, yo también tengo un especialista en tintas.

—¿Quién?

—No te lo puedo decir.

Straker se echó a reír.

—Me devuelves la pelota, Allan. Lo tengo merecido pero, ya que están así las cosas, te diré quién es mi especialista. El mejor de todos, el de más reputación dentro de nuestro campo —hizo acopio de oxígeno y agregó—: James Hunter.

—¿Hunter el Viejo?

—Sí, el Joven es demasiado alocado. Tú ya sabes que no hay nadie como Hunter el Viejo, manejando las tintas en toda clase de billetes.

De pronto, Allan Bromfield soltó una fuerte risotada.

—¿No te lo crees, Allan? —dijo Straker con el ceño fruncido—. Está al llegar. Para ser exactos lo tendremos esta noche en Tarpon Beach y vendrá directamente a esta casa. No es ninguna trampa.

—No me reía por eso, Straker. Te creo. Acepto como cierto que Hunter el Viejo va a trabajar para ti, pero la gracia está en que yo he conseguido a un hombre mucho mejor que Hunter.

—¿Mejor? Imposible.

—¿No te has dado cuenta de que Hunter el Viejo se ha convertido en un alcoholizado? Hace un par de años combinó las tintas para un billete de cinco libras por cuenta de Jean el Francés. ¿Sabes lo que ocurrió? Toda la pandilla fue a parar a la mazmorra. Sólo Hunter el Viejo se pudo salvar, porque se le había ocurrido

pasarse una noche de juerga y se había ido a dormir a un sótano. Cuando despertó y se enteró de lo que había ocurrido, se fue a dar una vuelta por América del Sur.

—Sí, Allan, estoy al corriente de lo que le pasa a Hunter el Viejo, pero le pienso ajustar las cuentas. Nada de alcohol mientras trabaje.

—No, Straker. No te serviría a ti, ni tampoco me sirve a mí. Para esas planchas se necesita un hombre que reuniese mejores condiciones en todos los sentidos que Hunter el Viejo.

—Ese hombre no existe.

—Es lo que yo me decía, pero un día alguien me sopló en el oído que ese tipo vivía.

—¿Dónde?

—En Europa.

—Te han contado una fábula.

—En Italia concretamente. En cierta ciudad del Norte había un químico especialista en tintas, que era una maravilla, algo verdaderamente revolucionario, un tipo con cerebro y al mismo tiempo con las manos de un ángel...

—Te han engañado como a un chiquillo.

—Envié un emisario a Europa para comprobar la existencia de ese hombre, y, al cabo de una semana, me llegó una respuesta afirmativa. Ese tipo privilegiado existía. Ahora sólo te falta saber una cosa. Lo he encontrado y también él está a punto de llegar a Tarpon Beach.

—Quieres llevarte la parte del león, Allan. Es lo que pretendes. Ahora yo te cedo el setenta por ciento y tú me dices que aceptas que Hunter el Viejo sea el especialista de esa fabricación.

—No. Será el italiano quien lo haga. Tú vas a estar al margen de esto.

—¿Qué quiere decir al margen?

—¿No te lo imaginas?

—Me quieres meter miedo, Allan, ¿o serías capas de matarme?

—¿Tú qué crees, Straker?

—¿Cuándo llegará ese italiano?

—Con la luna llena.

—¿Cuándo será eso?

—Mañana noche.

Ruth comprendió el sentido de la letra de la canción infantil que

Bromfield le había transmitido para Keenan. Era al mismo tiempo que una cita en el local de Mamie, el anuncio de que el especialista en tintas se reuniría con ellos.

—Bueno, Allan, lo tienes todo, las planchas, el especialista en tintas y el papel. Déjame en paz y que tengas suerte.

Los labios de Bromfield se curvaron hacia abajo, en una sonrisa cruel.

—Tenemos una cuenta pendiente, Straker.

—¿Qué cuenta?

—Norman Keenan.

—¿Qué?

—Tú ordenaste su muerte y eso fue una canallada.

En la frente de Straker se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Te equivocas, Allan, yo no ordené su muerte.

—Me enteré un poco tarde, cuando ya hacía casi veinticuatro horas que había ocurrido —miró a la joven—. Por eso le pude dar a usted el mensaje. Una hora más tarde, después de separarme de usted, leí la noticia en un diario.

Straker se irguió nervioso.

—Oye, Allan, fue cosa de mala suerte.

—¿De mala suerte, maldito? El hombre que lo hizo destrozó la cara de Keenan. Se la convirtió en pulpa.

Straker señaló a Risso.

—Fue él. Es un loco... Le dije que no hacía falta que lo matase, que sólo tenía que sacarle las planchas...

Risso proyectó el maxilar inferior hacia adelante, mirando a su jefe.

—¿Por qué miente, Straker? Usted dijo que lo liquidase. Usted me lo ordenó. —Calla, maldito.

—No quiero callar. Me he limitado siempre a cumplir sus órdenes.

Ruth había escuchado todo lo que necesitaba saber. Echó a andar hacia una pequeña puerta que había a la derecha.

Phil Bristh se volvió hacia ella.

—Eh, usted, quédese ahí.

—No me interesan sus discusiones comerciales, caballeros. Ya me contarán el final otro día —continuó andando hacia la puerta.

Allan Bromfield dijo con voz seca:

—Métele una bala en su linda cabeza, si da un paso más, Phil.

La joven se detuvo en seco y volvióse mirando a Bromfield, con los ojos llameantes.

—¿Qué va a hacer, señor Bromfield?

—Una matanza.

—Está chiflado.

—Todos morirán.

—¿Qué le he hecho yo?

—Usted sabe demasiado.

—No le entendí una sola palabra de todo cuanto ha hablado aquí.

—No se haga la tonta, señorita Anders. Lo ha comprendido todo, hasta la última palabra. Sabe lo que somos, falsificadores de billetes, y ha tenido oportunidad de ponerse al corriente de lo que se juega aquí. Se va a realizar la mayor falsificación de la historia, porque esas planchas es lo más logrado que se ha conseguido, respecto a un billete de cien dólares. Inundaremos el mundo entero con billetes legítimos. ¿Lo entiende? Completamente legítimos. Ni el propio Departamento del Tesoro podrá diferenciarlos. En todos los tiempos, especialmente la Edad Media, los hombres buscaron cómo fabricar oro. Centenares, miles de hombres se vieron obsesionados por esa idea, y ahora, en pleno siglo veinte, en 1974, yo, Allan Bromfield, he logrado el procedimiento para fabricar oro..., oro de papel. Porque ése es el equivalente de esas planchas. ¿Lo va entendiendo, señorita Anders?

—Oiga, le puedo prometer una cosa.

—¿El qué?

—No diré nada a la policía. Cerraré la boca.

—No diga tonterías. Ahora no está en compañía de esos estúpidos fuera de la ley que presenta en sus guiones televisados.

El discurso de Allan había durado mucho. Straker había cambiado una mirada con sus hombres y fue Elmer quien sacó la pistola, pero Glenn lo secundó.

—¡Cuidado, jefe! —gritó Phil Bristh.

Se produjo un terrible estruendo cuando, en fracciones de segundo, fueron disparadas cinco armas.

CAPÍTULO XII

La cabeza de Phil Bristh casi saltó desgajada del tronco.

Glenn Risso recibió un pildorazo en el pómulo derecho y dio la impresión de que ahora le quedaría más alto, después de morir.

Ruth no esperó a ver el resultado de aquella lucha. Dio media vuelta y, confiándose al cielo, dio un tirón de la puerta y se precipitó por el hueco, echando a correr por el pasillo que vio ante sí.

Esperó que de un momento a otro una bala llegase por allí, en su busca, pero los hombres que se hallaban en la habitación tenían mucho trabajo tratando de burlar las balas que les dirigían, y respondiendo también con plomo.

Abrió una puerta y se encontró fuera de la casa.

A la derecha vio una playa de estacionamiento donde había cuatro coches. Nadie vigilaba. Observó dos coches deportivos y dos monstruos negros con capacidad para un ejército.

Uno de los coches deportivos tenía puestas las llaves de contacto. Era de color amarillo. Saltó dentro y puso en marcha el motor.

Nunca en su vida había tomado una curva como tomó aquélla para dirigirse a la arcada que daba acceso a la casa.

Oyó la voz de Bromfield que gritaba desde una ventana:

—¡Muchachos, ahí va la chica! ¡Liquidadla!

Ruth vio horrorizada que, justo en el hueco, había dos hombres y cada uno de ellos portaba una metralleta.

Apretó a fondo el acelerador para obligarles a que se marchasen de allí. Sólo uno de ellos lo hizo. El otro se había echado a la cara su mortífera arma para disparar, pero calculó mal la distancia y, antes de que pudiese apretar el disparador, el coche le pegó un golpe brutal, enviándolo por los aires.

Ruth siguió su desenfundada carrera y de pronto oyó el temible

tableteo.

Pero ya había girado el volante porque había llegado a la otra curva, y eso le sirvió para burlar la rociada de proyectiles.

Dos minutos más y se encontró en la pista principal. Entonces continuó su fulgurante carrera. El coche poseía un motor poderoso.

En pocos minutos llegó a Tarpon Beach.

Aminoró la marcha, cuando se aproximaba al establecimiento de Luke Hull, en la calle Morrow.

Salto fuera y se precipitó en el restaurante, introduciéndose como una exhalación en las habitaciones privadas de Luke e Yvonne.

Pero sólo encontró a Tom Wells.

—¡Tom! —La joven se echó en sus brazos y él la apretó contra sí.

Al fin y al cabo, era como una muchacha cualquiera y Tom un hombre magnífico.

De repente el timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos. Se acercó a la mesa todavía sonriendo y tomó el micro.

—¿Sí?

—Oiga, le llamamos de la Telefónica para decirle que ya puede utilizar este teléfono, una vez reparado el cable.

—¿Qué dice? Debe estar equivocado.

—¿Cómo?

—¿Desde cuándo existe ésa avería?

—Desde hace aproximadamente dos horas.

—¿Quiere decir que en esas dos horas no se ha podido llamar desde este teléfono?

—Exactamente, señorita, pero ahora ya puede hacerlo. Muchas gracias.

Se cortó la comunicación y oyó la señal, anunciándole que la línea había quedado libre.

Ruth colgó despacio, muy lentamente.

Dio unos pasos y se dejó caer en el sillón.

Dios mío, ¿qué significaba aquello? No, no necesitaba pensar mucho para sacar conclusiones. Tom Wells la había engañado. No había llamado a la policía de Tarpon Beach... ¡No había llamado a nadie!

Había estado simulando mientras habló por el micro.

Y eso sólo quería decir una cosa. Una sola cosa.

Tom Wells también era un delincuente. Tom Wells debía pertenecer a una de las dos bandas, a la de Straker o a la de Bromfield, o quizá era un lobo solitario que sólo pretendía su interés personal.

De pronto sintió un escalofrío por la espalda al recordar las palabras de Wells. Había pedido dos policías para vigilarla y luego de haber colgado se refirió otra vez a ello. Sí, era muy posible que se llegasen allí dos hombres uniformados de policía, pero su misión no consistiría en vigilarla, sino en quitarla del medio, en matarla, y lo harían siguiendo instrucciones de Tom Wells.

Santo cielo, si lo hubiese pensado un poco mejor no habría necesitado, aquella llamada del empleado de la compañía telefónica para saber que todo era un truco. Tom Wells la había dejado sola antes de que llegasen los policías, después del peligro mortal en que se había visto comprometida. Allí estaba todo explicado.

No podía detenerse, un segundo más, porque esta vez la matarían allí mismo.

Echó a correr y, al llegar a la puerta de la calle, se detuvo, asomó la cabeza. Primero miró a la derecha y no vio a nadie. Luego a la izquierda.

Creyó morirse al ver que dos policías avanzaban por la acera. Eran altos y la cara de uno de ellos era brutal. Allí estaban sus verdugos, los asesinos, los hombres que le enviaba Tom Wells para que la liquidasen.

Vio el coche deportivo.

Abrió la puerta y echó a correr hacia el vehículo.

—¡Eh, usted, señorita!

Ruth siguió corriendo hacia el coche, pero de pronto una mano la sujetó. Era un peatón.

—Oiga, la llama un policía.

—¡Suélteme! —gritó ella aterrorizada.

—¡Deténgala! —Oyó a uno de los dos hombres que iban en su busca.

Ruth volvió la cara y vio a los agentes que habían echado a correr hacia ella.

Dio un tirón desprendiéndose de la mano del hombre y saltó por encima de la portezuela del coche.

—¡Alto, señorita!

Ruth puso en marcha el motor, se apartó del bordillo de la acera y echó a correr por la calle.

Los hombres uniformados seguían gritando, pero en pocos segundos Ruth estuvo lejos del restaurante.

Bueno, se había salvado por poco, pero ¿hasta cuándo podría seguir así?

Tenía los nervios rotos. Ya no podía resistirlo más. Sentía unos grandes deseos de llorar. Nunca en su vida había sentido tal decepción como la que Wells le había proporcionado. Minutos antes se había sentido enamorada de él.

¿Por qué habían tenido que ocurrir así las cosas? ¿Por qué?

No era un momento de lamentarse. Debía obrar con rapidez antes de que aquella pandilla de desalmados lograra sus fines. Todavía tenía tiempo para que la ley acabase con ellos.

Vio el edificio de ladrillo rojo sobre cuya puerta había unas letras doradas. «Jefatura de Policía».

Llevó el coche a la playa de estacionamiento y se dirigió hacia la puerta del edificio.

Un agente le hizo un saludo cuando ella dijo:

—Quiero ver a su jefe, agente.

—Perdone, señorita, pero al jefe sólo se le puede ver por un asunto muy grave.

—La aseguro que es el asunto más grave que ha ocurrido en Tarpon Beach desde su fundación.

El policía arrugó el entrecejo.

—Está bien, señorita, pase al interior y siga por el corredor. Dígaselo al sargento que encontrará allí.

El sargento resultó un hombre de bigote espeso que se peinaba con raya en medio.

—¿Para qué quiere ver al capitán Payton? —preguntó cuándo la joven le hubo informado del motivo de su visita.

—Sólo lo diré a él personalmente, pero le aseguro, sargento, que estamos perdiendo un tiempo precioso. En un lugar de esta ciudad hay unos cuantos cadáveres y habrá más si ustedes no intervienen rápidamente, pero insisto en que sólo informaré al capitán Payton.

—Espere un momento —el sargento entró en un despacho e invirtió tan sólo un minuto en salir—. Pase, señorita:

El capitán Payton frisaba en los cincuenta y cinco años de edad y era alto, rollizo, rostro de facciones apacibles.

Observó atentamente a la joven mientras le estrechaba la mano.

—Su nombre, por favor.

—Ruth Anders.

—¿Qué es ese asunto tan importante, señorita Anders?

Una vez más, Ruth repitió su historia.

Cuando hubo terminado, el capitán cruzó los dedos y la miró atentamente.

—Señorita Anders, le aseguro que ha prestado a su país un valioso servicio. Personas como usted, que arriesgan su vida en favor de la justicia y de la ley, son los verdaderos héroes.

El capitán alcanzó uno de los cinco teléfonos que había sobre su mesa.

—Atención, orden general para todos los coches y agentes que están francos de servicio... Vamos a la caza de una peligrosa banda de falsificadores de moneda que han sentado sus cuarteles en el local de Mamie la Rojiza... Deben extremar todas las precauciones. Rodeen el objetivo sigilosamente... Quiero cazar a todos los componentes de esa pandilla, ya que también se trata de peligrosos asesinos. Tiren a matar si les hacen fuego. Espero que hayan cumplimentado mis órdenes dentro de quince minutos. Mis intenciones son entrar por la puerta trasera del local para conminar a esa gentuza a la rendición. Espero conseguirlo, pero si no fuese así, el teniente Flanagan se encargará de todas las operaciones... Suerte, muchachos, espero que cada cual cumpla con su deber. Eso es todo.

El capitán cortó la comunicación y se puso en pie.

—Vamos, señorita Anders. Hemos de darnos prisa.

Salieron por una puerta ante la que había estacionado un coche negro, conducido por un agente.

El capitán abrió la portezuela.

—Usted primero, señorita.

Los dos ocuparon el asiento trasero y el capitán dijo:

—Al local de Mamie la Rojiza, pero no hace falta que te des mucha prisa, Emil. Hemos de esperar a que nuestros hombres se encuentren en el lugar que les corresponde.

El capitán sacó un paquete de cigarrillos y se lo alargó a la

joven, pero ella rechazó la invitación.

Ruth tenía la impresión de hallarse vacía. Conocía la causa. Era Tom Wells.

—Capitán...

—Diga, señorita Anders.

—¿Qué harán con ellos?

—Esa gentuza sólo merece la muerte, pero, desgraciadamente, no se podrá probar quién mató a quién, de modo que al final con seguirán una condena de veinte años. De todas formas, no está mal eso.

—Sí, capitán, es lo menos que merecen.

—La encuentro preocupada. No debe estarlo ya, señorita Anders. Está a salvo.

—No es por mí.

—¿Cuál es la causa?

—Un tipo indeseable que pertenece a esa banda. Se llama Tom Wells.

—¿Tom Wells...? ¿Por qué no me da su descripción?

—Unos veintisiete años, cabello rubio, ojos azules, nariz recta. Posee una dentadura blanca y perfecta. Mide uno setenta y nueve.

—Martin Clark.

—¿Qué dice, capitán?

—Ese hombre que me ha descrito no es Tom Wells sino Martin Clark, un peligroso delincuente.

—¿Está seguro, capitán?

—Sí, señorita Anders. Precisamente su especialidad, son los delitos monetarios. Es un buen tiburón. Ha sufrido ya un par de condenas. Se había librado antes, pero ahora creo que tendrá para largo tiempo.

Ruth se hundió en el asiento y cerró los ojos. El capitán Payton respetó su silencio.

De repente la joven sintió que el coche se detenía.

—Ya hemos llegado —anunció el capitán Payton.

El agente había saltado del coche y abría la portezuela para que bajasen la joven y su jefe. Encontrábanse en un callejón.

Payton tomó a la muchacha por el brazo y se detuvieron ante, una puerta.

Payton dirigió una mirada al agente y éste apretó un botón. Casi

en seguida la puerta fue abierta.

Payton, la joven y Emil pasaron a un corredor donde había un hombre de centinela.

—¿Está Mamie?

—Sí, señor.

Payton y sus acompañantes continuaron andando por el corredor. Llegaron a un salón, a uno de cuyos lados había varias puertas. Payton abrió la segunda.

Ruth fue la primera en entrar y se detuvo viendo junto a la ventana a Allan Bromfield y a la pelirroja con la que lo había visto anteriormente. El perro pequinés dormitaba en un sillón.

Mamie y Bromfield miraron a sus visitantes.

—¿Qué significa esto, capitán Payton? —inquirió Mamie, la barbilla ligeramente levantada.

—Significa que esta muchacha ha descubierto sus manejos, Mamie. Significa que son ustedes los dos mayores estúpidos que he conocido en mi vida. Y por si quieren algo de propina, significa, que si no fuese por mí, esta chica, Ruth Anders, habría puesto la cuerda al cuello de todos nosotros, incluido el mío.

Ruth giró bruscamente y miró al capitán, el cual sonreía astutamente.

EPÍLOGO

—¿Usted, capitán?

—Sí, nena. Yo soy el jefe de esta organización.

—Es usted un canalla.

—Es curioso. Siempre hemos temido que algún policía entrometido nos estropease el asunto y resulta que ha sido una mujer, una guionista de televisión, la que ha estado a punto de echar a rodar nuestros planes. Es usted muy bonita, señorita Anders, y siento mandarla a la fosa, pero no nos ha dejado elegir.

Mamie sonrió.

—Nos perdonará, ¿verdad, querida? Le aseguro que soy una admiradora suya. Hasta le llegué a enviar una carta. Me gustan mucho sus programas.

—Es usted una mujer de pésimo gusto —dijo Ruth.

Mamie borró la sonrisa y cerró los puños.

—¿Qué dice, desgraciada?

Caminó rápidamente hacia ella y le tiró el puño a la cara, pero Ruth la atrapó por la muñeca y puso en juego otra regla de judo.

Mamie se puso a volar.

El grito que lanzó por el aire sirvió para que el perro pequinés despertase y al ver lo que le venía encima, saltase al suelo. Una fracción de segundo más y hubiese quedado convertido en una piel con ojos.

Mamie rebotó en el sillón y se desplomó en el suelo.

El capitán Payton soltó una risotada, poniendo los brazos en jarras.

—Mamie, estás en baja forma.

Bromfield se acercó a una mesa y apretó un timbre.

—Ya basta de tonterías. Estoy deseando que quiten del medio a esta mujer. Usted lo dijo antes, Payton, esta muchacha ha armado demasiado jaleo. Sólo daré un respiro cuando la hayamos liquidado.

Una puerta se abrió y entraron dos hombres con aspecto de asesinos.

—De modo que se deshizo de Straker, ¿eh, señor Bromfield? —habló Ruth.

—Yo mismo le receté dos píldoras que necesitaba para su úlcera del estómago. Fue una delicada operación y murió en su transcurso.

—Todos ustedes forman un buen estercolero.

Mamie se levantó hecha una furia.

—Te voy a sacar los ojos.

—Quieta —ordenó Bromfield—. Vosotros, muchachos, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—¿Aquí mismo? —preguntó uno de ellos.

—Eres un estúpido. ¿Es que no sabes que las paredes son a prueba de ruidos? Los dos fulanos sacaron su arma de las axilas y apuntaron a Ruth.

La joven cerró los ojos mientras murmuraba una oración.

Se oyó un terrible estruendo.

Ruth se tambaleó, pero se dio cuenta de que había sido debido al susto porque no sentían ningún dolor en el cuerpo.

Oyó una voz.

—Si quieren sacar más armas, pueden hacerlo.

¡Aquel hombre era Tom Wells y estaba hablando desde la puerta!

Ruth abrió los ojos. Sí, Tom Wells estaba allí con una metralleta en la mano, pero no se encontraba solo. Cuatro hombres habían en la estancia y también portaban armas como la de Tom.

Los dos asesinos que poco antes le iban a dar muerte estaban inmóviles en el suelo.

El capitán Payton, Bromfield y Mamie también estaban inmóviles, aunque continuaban en pie.

—Me conoce ya, capitán Payton —dijo Wells— y es inútil hacer las presentaciones. Logramos saber que se había infiltrado información a través de nuestro servicio y el destino de ese informe era la jefatura de policía de Tarpon Beach.

—Martin Clark, inspector del Departamento del Tesoro.

Tom Wells sacudió la cabeza muy serio.

—Sí, capitán Payton.

Ahora fue cuando Ruth estuvo a punto de caer de verdad, pero

vio un sillón a su lado y logró hacerlo en blando.

Ruth estaba sola en aquella habitación de la jefatura de policía fumando un cigarrillo.

La puerta se abrió dando paso a Martin Clark o a Tom Wells, que era el nombre con el que ella había conocido al policía.

—Tengo muchas cosas que explicarle, señorita Anders.

—Ahórreselas —dijo ella y le volvió la espalda.

—Perdone que la utilizase como cebo.

Ella giró bruscamente con los ojos agrandados.

—¿Qué dice?

—No hubo tal avería en el teléfono de Hull. El supuesto empleado de la compañía telefónica que le anunció el arreglo del desperfecto, era un compañero mío que obraba siguiendo el plan que yo había trazado.

—Le entiendo, señor Clark. Usted necesitaba que yo fuese a la jefatura de policía para sacar al capitán Payton de su despacho y hacerlo ir al de Mamie.

Clark se miró la raya de los pantalones.

—Teníamos en nuestras manos la posibilidad de atrapar a Bromfield, a Mamie y a los demás, pero no existía ninguna prueba contra Payton, de modo que...

—¿Qué habría pasado si aquellos dos hombres hubiesen disparado contra mí?

—Los vimos entrar en la casa. Estábamos preparados.

—Imagino que tomó sus precauciones, pero yo sólo recuerdo que entraron en el momento preciso. Un segundo más y me hubiesen matado.

—Si usted hubiese muerto, yo... —Clark se interrumpió—. Bueno, no me lo hubiese perdonado nunca. Toda mi vida habría estado amargado. Iba detrás de las planchas de Keenan desde hace un año. Tuve que hacer de transportista en la isla de San Patricio e imponerme muchos sacrificios. Por cierto, el cadáver de Piper fue arrojado ya por el mar a la playa.

—Keenan era de Chicago. ¿Cómo sabía usted que iría allí?

—Sabíamos que las planchas habían sido realizadas por Walter Mahoney, un tipo al que atrapamos cuando estaba agonizando, después de haber recibido dos tiros. No pudo decirnos quién le había asesinado y robado las planchas. Sólo pudo murmurar dos

nombres. Isla de San Patricio, Port Ville, de modo que yo fui allí a esperar algo y ése fue el comienzo.

—Debe haber recibido muchas felicitaciones, señor Clark.

—Sí, pero todavía no me han dado el premio que yo quería recibir.

—¿Cuál?

Martin dio un paso más hacia ella y de pronto la atrapó por los brazos y la besó con fuerza en los labios.

—Martin... —murmuró Ruth.

—Me han concedido veinte días de permiso y me pregunté cómo los pasaría mejor. Sólo tuve una respuesta. Casándome con Ruth Anders. ¿Qué contestas?

—Ésta es mi respuesta.

Ruth le echó los brazos al cuello y lo besó apasionadamente.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

